

125
SEMANARIO ILUSTRADO
Alcalá, 128 - Teléf. 58192
MADRID

Año III - Núm. 125
17 octubre 1942

60
cts.

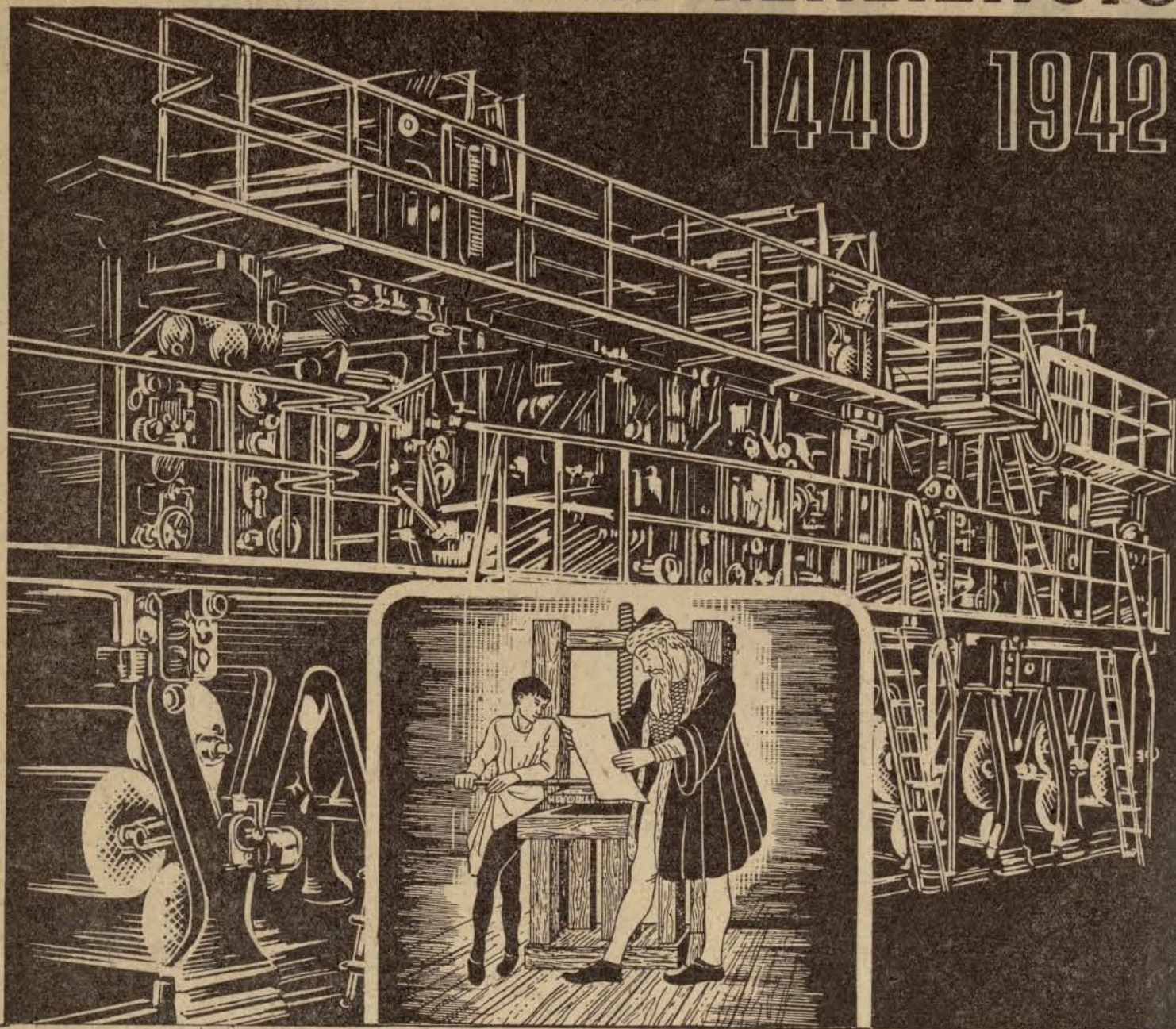
TAJO



CAMILLA
HORN.

UNA IDEA UNA REALIZACION

1440 1942

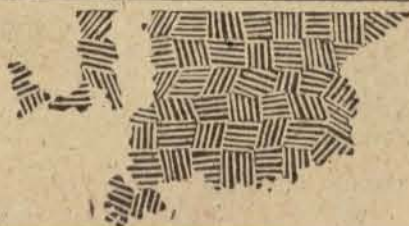


En el año 1440 nació la historia de la Imprenta. En dicho año, el inventor alemán Johannes Gutenberg imprime por primera vez en sus talleres libros mediante tipos sueltos.

Debido a este genial invento, el Arte Gráfico ha llegado hoy día a obtener una perfección completa que se refleja en la maquinaria moderna, como por ejemplo: Una rotativa de fabricación alemana del año 1942 que imprime de un solo movimiento 64 páginas en multicolor, pesando la instalación total de esta rotativa 200.000 Kgs.



Europa, siendo el Continente de posibilidades ilimitadas, fecunda las obras mas transcendentales del mundo entero.



A-378

**¿SABÍA VD. QUE
UN AVION
BOMBARDERO
SOLO VIVE
30 ó 40 HORAS
Y QUE SU CONSTRUCCION
CUESTA
100.000
HORAS?**

400.000

*obreros especializados
precisa el entreti-
miento de una flota
aérea de 10.000
bombarderos*

CON indudable y justo criterio castrense y periodístico la revista española *Ejército* publica en su número último unas acertadas líneas del Coronel De Lapomarde sobre el problema de la contrata de obreros de la Europa continental por las fuerzas antibolcheviques.

A través del enjundioso trabajo del Coronel Lapomarde, se perfila de una manera sorprendente y diáfana toda la formidable labor que representa la puesta en marcha de los Ejércitos del Aire. Que sintetizan fríamente la suprema verdad de las cifras.

1.000 BOMBARDEROS EN ACCION PRECISAN 4.000 DE RESERVA Y UNA PRODUCCION DIARIA DE 100.

La guerra en el aire, por el medio en que se desarrolla, por actuar un arma juvenil, por estética del maquinismo, es la guerra romántica por excelencia. Es la de la aviación una lucha a muerte también, pero en vez de llegar ésta como al infante, en el barro de una ruta, en el fango de una trinchera, en los tendaderos yertos de una alambrada, viene al aviador con la suprema pirueta de la caída. Y

en ella hay algo de guiñol. Como si las marionetas, en vez de carbonizarse en tierra resurgieran gráciles y sonrientes al aplauso.

Sin embargo, acaso el aviador se salve en el paracaídas; el aparato se destroza en el suelo. Y hay que sustituirlo.

De ahí que la Luftwaffe, para disponer de mil bombarde-

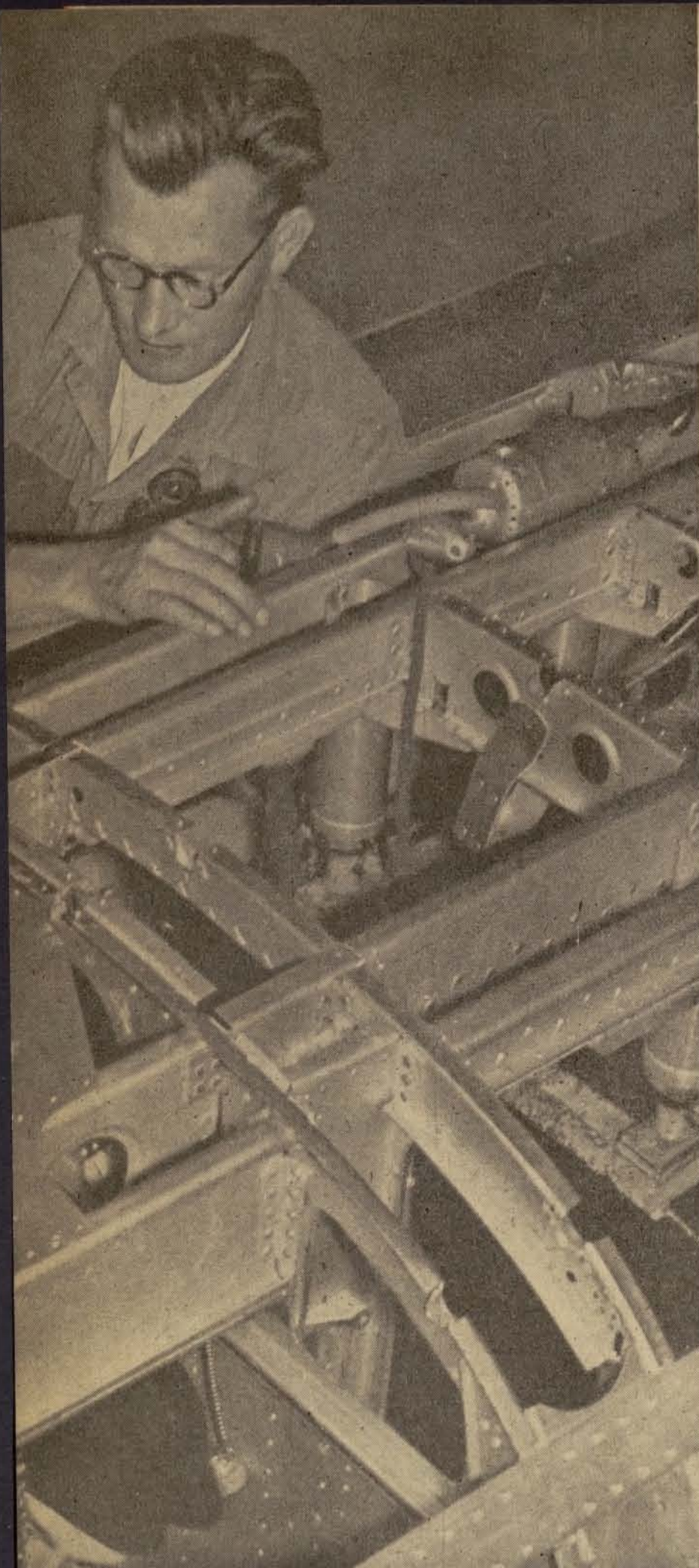
ros listos para entrar en acción en todo instante, se vea en la absoluta precisión de sostener cuatro mil en reserva y de forzar la producción a cien bombarderos diarios.

CIFRAS, CIFRAS

Para construir un bombardero en un día se necesitarían

12.500 obreros. O lo que es igual, para poder lanzar al espacio un nuevo aparato de este tipo, son absolutamente precisas 12.500 jornadas de trabajo; es decir, 100.000 horas de labor. Para que el artefacto bélico gaste su existencia activa que sólo en muy raros casos supera las cuarenta horas de vuelo.





Si el lector, ahora que andamos navegando en un cielo de cifras, se le antoja hacer números sobre lo que importa sólo la mano de obra necesaria para lanzar al espacio un bombardero, tendrá una ligera visión de lo que cuesta el artefacto. Y si esa cifra la multiplica por los cien aviones diarios, la ampliación le mostrará el enorme es-

fuerzo económico y de actividad.

Porque para construir los cien bombarderos diarios se precisan un millón doscientas cincuenta mil jornadas de trabajo, un millón doscientos cincuenta mil obreros especializados en su labor de un día, diez millones de horas de trabajo.

LO QUE CUESTA EL ENTRETENIMIENTO DE UNA FLOTA AEREA DE 10.000 BOMBARDEROS.

Mister J. M. Spaight, antiguo director de este servicio en el Ministerio del Aire inglés, indiscutible autoridad en estas cuestiones, en su documentadísimo libro *Aviación de guerra 1939*, afirma rotundamente que el entretenimiento de una flota aérea de diez mil bombarderos, servida por veinte mil pilotos, exige de ochenta a ciento cincuenta mil mecánicos y doscientos cincuenta mil obreros de fábrica.

Quiere ello decir, y lo afirma con absoluta claridad, que para proporcionar a los veinte mil pilotos los aparatos que precisan en todo instante, es necesario y forzoso especializar un enorme ejército de producción cuyo contingente se eleva de 350.000 a 400.000 obreros cualificados. Número que si se divide por el de aviadores dará un cociente de 20, que son el número de los hombres que han de emplear constantemente su esfuerzo para dotar a aquéllos de los formidables elementos de combate.

LOS OTROS AUXILIARES DE LA LUFTWAFFE: INVENTORES, TECNICOS, OBREROS MANUALES...

Pero en este cálculo, no por colosal inexacto, de los valores hombre, trabajo y tiempo, no pueden incluirse otras importantísimas actividades de todo tipo, que palpitan, luchan y triunfan a mayor gloria de la aviación patria.

New York Times, en un meditado y sensato artículo publicado poco tiempo hace—verano de 1942—, afirmaba que los tres años de guerra habían hecho avanzar prodigiosamente el mundo de la Ciencia. Y el articulista demostraba el aserto con fehacientes ejemplos.

Pero no hace falta acudir a Norteamérica para percatarse de este enorme desarrollo de lo científico. Basta sólo asistir a las transformaciones de la maquinaria bélica desde el comienzo de la, ahora en verdad, guerra mundial.

La aviación, fuerza nueva como Arma, sirve perfectamente de ejemplo. De los primeros JU. que hicieron su aparición en el cielo polaco y francés, desde el avión en picado, hasta estas enormes ciclópeas fuerzas aéreas que actualmente luchan media un abismo. Y van sólo tres años de guerra...

Alemania, consciente de lo que se juega, de lo que de ella espera la nueva concepción

mundial, se plantea y resuelve este problema de las nuevas creaciones. Así un poderoso ejército diseminado por todo el paisaje alemán estudia, ensaya, planea, comprueba. Este ejército se mueve en constante ofensiva. Horas y horas de labor se gastan en gestar la idea, en interpretar, en comprobarla.

Horas que suman también en el magno esfuerzo bélico de la construcción del bombardero. Porque el ingeniero que estudia nuevos planos, el que ensaya sedas más resistentes; el técnico que sintetiza pesos, que afina telémetros, aparatos de visualidad; el obrero que bate su esfuerzo manual en la consecución de la idea del técnico, todos consumen sus horas de actividad en el magno esfuerzo de la producción.

De ahí que el viejo Dornier, el formidable constructor de hidros, famoso en el mundo entero, percatado de esa formidable labor semianónima de los hombres de la retaguardia afirme que cada avión que sale de las fábricas, sobre las horas empleadas en su construcción arrastra además un promedio de otras veinte mil distribuidas entre inventores, técnicos, ensayistas y obreros de todas las actividades de la producción.

EL PORQUE DE LAS CUARENTA HORAS DE VUELO.

Como epílogo al trabajo, conviene aclarar, siquiera a la ligera, los motivos de la escasa vitalidad del bombardero. Que se sintetizan en dos, fundamentales: la labor de desgaste y la guerra. De las dos causas la predominante es la guerra. La aviación no es hoy apoyo de combate, sino Arma. El Arma que ha surgido con valor originalísimo y mayúsculo en la actual contienda.

Los partes de guerra de los contendientes hablan bien claro de la eficiencia del nuevo elemento de lucha. Colofón de los comunicados diarios son siempre estas líneas: "En la jornada de ayer la aviación propia y fuerzas de la D. E. C. A., abatieron cincuenta y seis aparatos enemigos. Doce de los nuestros no regresaron a sus bases".

A veces, muchas veces, los números son mayores. Y ello explica ese máximo de cuarenta horas de vuelo y ese esfuerzo enorme por sostener un poderoso ejército aéreo. Que en él, ni más ni menos, está el triunfo definitivo, si que respaldado en la humilde bayoneta del soldado de infantería.

F. HERNÁNDEZ CASTANEDO.



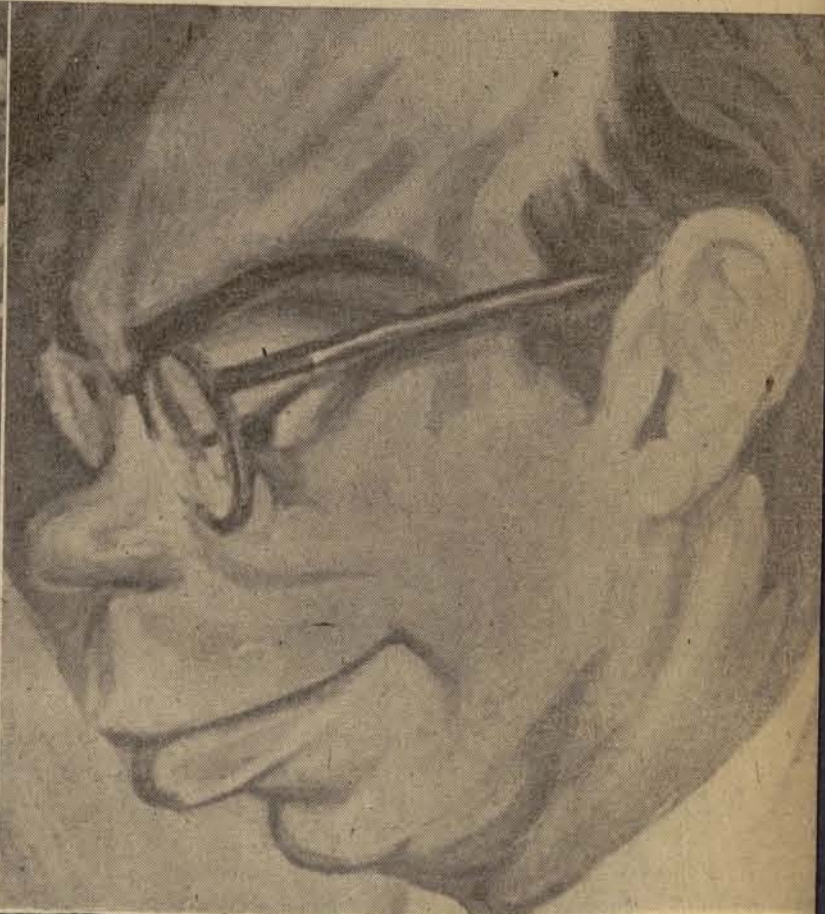
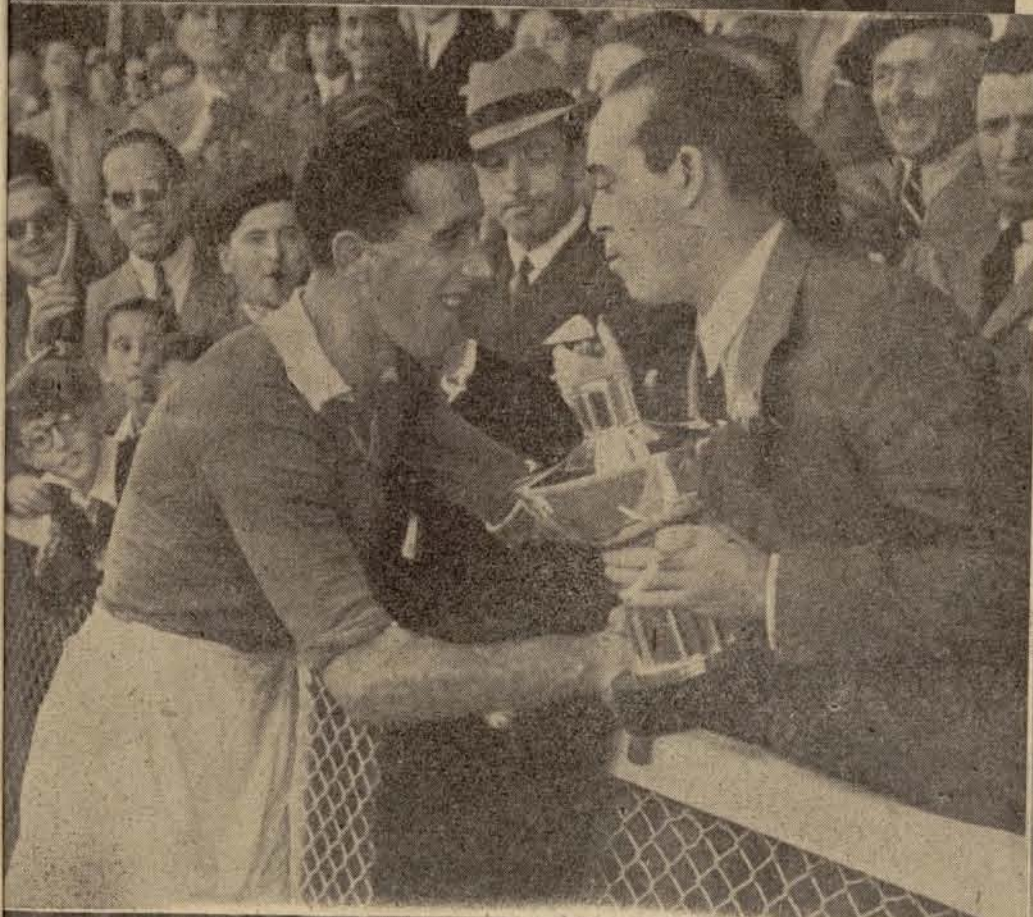
ESTAMPAS DE LA SEMANA

Inauguración de la Exposición de Educación y Descanso en Bellas Artes.

Partido de fútbol Madrid-Zaragoza. Ipiña entrega la copa a Marcial Lalanda.

Autocaricatura de Orbegozo. Oleo que figura en el XVII Salón de Humoristas.

Inauguración de la Exposición de documentos de Colón en el Museo de Marina.
(Fotos Verdugo.)



CAROLINA, MUJER FATAL DE AYER

Hija de una gitana, fué amada hasta el suicidio y avaporó fortunas en el tapete verde

TE enseñarán, lector, la casa donde nació la Otero. Está en un pueblecillo llamado Balga, al que asigna el "Nomenclátor" una exigua cifra de habitantes, y que es posible que en aquella época, ya un tanto lejana, tuviese todavía muchos menos. Y no muy lejos del jardín, plagado de rosas, en que se abrieron a la luz los ojos de la gran poetisa regional Rosalía de Castro.

¿Quién ha olvidado la leyenda escandalosa y dorada de la celebrísima bailarina española? Hará una veintena de años se publicaron en español sus "Memorias", cuya versión original viera la luz en Francia, en una imprenta de la calle Stanislas, donde se halla el Colegio de fama mundial. "La verdad sobrepasa en atractivos a todos los desenfrenos de la imaginación", es el lema que encabeza esas interesantes y abigarradas páginas. Posiblemente, la Otero cultivó en ellas lo que a orillas del Sena llamábase la "réclame". Mas...

MUJER FATAL CON PEINADOS MONUMENTALES

Mesonero Romanos utilizó por primera vez el calificativo—hoy transformado en tópico literario—de "mujer fatal". Y fué para designar a Dolores Armijo, la belleza romántica que armó la mano suicida de "Fígaro" en una casona de la calle de Santa Clara. Hoy tenemos nuestro tipo de "mujer fatal", metamorfoseado con el nombre de "vampiresa" y advenida, por lo general, de la Meca del cine con su ponzoña erótica de pelo platino, cintura de delgadez casi serpentina y tabaco rubio en los labios acarminados cien por cien. Antaño no era así. Las mujeres fatales surgían entre almidonados fárrago de enaguas, del simpático y movidísimo "can-cán" o con una cancioncilla popular en la garganta. O nuevas Salomés, papisas inflamadas en el fuego de la danza... Venus de tapa de caja de cerillas o de postal satinada en cuatro colores. Y eso fué la Otero, que arruinó y llevó a la muerte a príncipes y artistas, bohemios y burgueses, que soñaban con besar sus pies ingrátidos...

UNOS AMORES DE CARMEN

Por la pintoresca y abrasada tierra andaluza marcha una tribu de gitanos. Cádiz, Sevilla, Granada, Ecija recorren los cansinos y morenismos descendientes de los Faraones. De una linda muchacha de ojos de azabache y largas trenzas se enamora un oficial griego, apellidado Carassén, que visita España en viaje de recreo. Ella llámase Carmen, como la heroína de Merimée. Los separa el abismo de la diversidad de raza. Pero el descendiente de los aedas y los artífices del Partenón rapta, por fin, a su musa en la florida y perfumada Sevilla. Se casan, huyen... Y van a parar a Balga, pueblecito gallego. Allí tuvo el matrimonio una hija: Carolina, más tarde; en la pila bautismal, Agustina...

Poco después—todo es un tanto movelesco en esta historia—, Carassén sucumbe en un duelo, motivado por sospechas o certidumbre de infidelidad. La niña pasa una infancia triste, como la de la Cenicienta del cuento... El matador del padre termina contrayendo nupcias con la viuda. Y ésta maltrata a Agustina, que ha ingresado en un colegio, miserable y golpeada...

PRIMERAS PIRUETAS Y PRIMER IDILIO

El demonio de la danza, de que ha hablado Oscar Wilde, nace y crece en las piernas menudas y ya deliciosas de Agustina.



Con una gran intuición coreográfica comienza a iniciarse en los misterios y las destrezas de Terpsicore. Y, al tiempo, surge Cupido, aunque no sea precisamente muy dilecta la flecha que lanza contra la jovencita desde su aljaba. En efecto, Agustina se prenda de un Antinoo rural y achulado—Paco—, al que ve, escapándose por las noches del colegio, gracias a la complicidad de una compañera. Paco y Agustina—primer capítulo de una novela por entregas—visitan un cafetín cantante. Una noche, ella salta al tablado. Y la contratan. ¡Ocho reales diarios y un vestido de lentejuelas!... Nació Carolina Otero.

GLORIA SOBRE EL MAPA DE EUROPA

Carolina y su Romeo—que es a la vez su empresario—debutan en Lisboa. Y en el Teatro Avenida, miles y miles de manos se unen para aplaudir con frenesí a aquella linda criatura de dieciocho años que, con calañes y mantón de Manila, interpreta un número de canto y baile de "La Gran Vía". Paco se esfuma. Y la Otero se encuentra con el primer desengaño pasional y con veinte mil duros en el bolsillo.



LA BELLA OTERO





Luego, Barcelona, Marsella y unas horas negras en París, donde su nombre no se cotiza y falta el contrato. Pero, una noche, es invitada a participar en una brillante fiesta que se celebra en los Salones de Vefeur. Y es la consagración definitiva. Un crítico dice: "Al andar parecía que danzaba". Hugues Le Reux escribe: "Todo el Oriente se halla en las caderas". Como, andando los años, habría de decirse de "Mata-Hari".

El Circo de Verano... Números de "El año pasado por agua", "La Gran Vía", "El gorro frigio"... Y se abre, largo e insuperable, el ciclo de gloria. "Tournées" apoteósicas no solamente por toda Europa, sino por la Argentina y Estados Unidos... Mil ochocientos noventa y tantos... Mil novecientos ca-

torce, con el atentado de Sarajevo y la guerra. En ese lapso de tiempo, el encanto femenino de la Otero y su arte cruzan como un meteoro de leyenda y amor por el cielo de Europa. Una Europa que deja morir de miseria a Verlaine en un hospital de París, que se estremece con el suicidio romántico del Archiduque Rodolfo y la Baronesa María Vetsera y que ensaya las primeras máquinas aéreas de Bleriot, Garnier y Vedrines sobre el Canal de la Mancha...

¡CAROLINA!... ¡CAROLINA!...

"...No levantes más el pie..." Así comienza un número de canto y danza que glorifica a la Otero en los escenarios de Montmartre. Y así suspiran los enamorados de la guapa española, algunos de los cuales recurren al consuelo de la pistola de Werther. Payen se salta los sesos una tarde, bajo las frondas perfumadas del Bosque de Bolonia, mientras Jurgens, menos románticamente legendario, busca perecer intoxicado por las emanaciones de gas...

Los Boldi interpretan "La marcha de la Otero". En todos los "menús" elegantes figuran—ritual moda gastronómica—las "Supremas de lenguado a la Otero". Gaston Calmette se postra ante los faralaes y los sombreros anchos de la danzarina gallega. El banquero portugués Porazzo, el barón austriaco Ollstroder, los condes Sabin, de Larcheveque y Pirievaki, el multimillonario inglés Palbitt y tantos y tantos otros viven con ella idilios efímeros o atormentadores... Tziganos, escenarios, joyas fabulosas, residencias asiáticas...

Otro demonio—compartiendo con el de la danza el alma y el cuerpo de la Otero—posee a la artista: el del juego... Y éste no perdona nunca. El tapete verde de Montecarlo, en la maravillosa escenografía de La Riviera, devora fortunas y fortunas de la mujer codiciada y poderosa. Y aquí se halla quizá el secreto de su ocaso.



Dice la copla que la novia de Reverte tenía un pañuelo "con cuatro picadores y el diestro enmedio". Carolina poseía nada menos que tres collares de perlas. Uno perteneció en sus tiempos a la Emperatriz Eugenia; otro, a la Soberana de Austria, y el tercero, al celeberrimo Leonide Leblanc. Es muy posible que sus codiciadas bolitas blancas se marchasen, convertidas en oro, por mor del capricho de esa otra holita que salta y se para en unas casillas numeradas y de color diverso: "¡Encarnado pierde, negro gana!..."

SE CIERRA EL CIRCULO

Han pasado ya los años. Muchos o pocos, da a veces lo mismo. Porque las mutaciones de los hombres y de las costumbres, de las glorias y de las vanidades, no están sujetas a plazo fijo.

París ya no ensalza a las canzonetistas, ni a los príncipes rusos, ni a los poetas decadentes. Se han detenido las aspas del "Moulin Rouge". Aun se recuerdan las incursiones del "zeppelin" y la muerte del "as de ases" de los aviadores, Guynemer. Vientos de revolución entenebrecen Europa.

Un escritor, Gómez Carrillo, viaja por Galicia. Tres ancianitas le enseñan la casa de la Otero, blanca, encalada y modesta, entre prados y arroyuelos... "¡Era como un botón de rosa!", suspira una de ellas. Y otra: "Enviaba collares a la Virgen y socorría a las pobres del lugar". Y la tercera: "En esas mismas aguas lavaba sus pies, que luego besaron reyes y genios".

El escritor recuerda y mira la casita humilde, que se recorta en el cielo azul con esa dulce indiferencia de las cosas... ¡Es todo cuanto queda de la Otero!... "Transit gloria mundi".

LUIS ARDILA.



Espanoles en las ciudades, aldeas y en los bosques de la India

El Obispo de Kuttach es un navarro. Una monjita que mató una serpiente

MANANA se celebra en toda España el Día Misional. Con este motivo recordamos los trabajos de los misioneros españoles por todo el mundo y especialmente en la India, el país que apasiona al mundo.

El volcán de la guerra tiene abierto un cráter en la India. Hoy, el mundo entero está preocupado con lo que ocurre en aquel país. Es un campo de batalla todavía incruento, pero amenazando estallar de un momento a otro. Pues bien; allí hay españoles. En aquellas ciudades misteriosas, en sus selvas vírgenes, en sus bosques intrincados, en medio de la multitud desgraciada que alienta angustia, viven compatriotas nuestros. En el foco de rebeldía de Bombay, en Ahmedabad, en Barapoli, en Bijoyapurán y en Quirón hay españoles. Son hermanos nuestros vestidos con el hábito de la Compañía de Jesús, o de la Orden de Santa Teresa de Jesús, o de los Padres Paúles. Todos predicán la doctrina de Cristo, llevan la civilización y el espíritu cristiano a las tribus salvajes. Mujeres españolas también, entre las aldeas, la vegetación, las fieras, andan por aquel lugar; las blancas tocas de las Hermanitas de los Pobres dan una pincelada de claridad beatífica.

UN OBISPO ESPAÑOL EN KUTTACH.

Esos nombres tan raros de la geografía de la India para muchos de nosotros son totalmente desconocidos; pero a otros españoles les son familiares. Y hay muchos niños en España que en su fervor misional costearon bautizos de los hindúes con sus limosnas, que aportaron sus ahorros para ayudar a construir edificios y que mantie-



El Obispo de una región india, Kuttach, D. Florentino Sáenz.

nen correspondencia emocionante con los españoles que viven allí luchando por el reino de Cristo y por España.

En Kuttach, allí hubo muertos y heridos hace días, hay un Obispo español que no hace mucho decía en una carta: "Aquí se rompe de vez en cuando el silencio de soledad en que poco a poco nos vamos hundiendo. El mundo se desquicia. Cada cual harto hace con mirar por su casa y cuidar de ella. Las comunicaciones son casi imposibles y nos vamos quedando solitos, solitos".

Pero ellos siguen allí, en la brecha de sus Universidades, de sus Colegios, de sus Hospitales; en medio de las aldeas miserables, entre bosques poblados de fieras, amenazados de terribles fiebres, soportando tremendas temperaturas. Lo mismo que hacen otros españoles en China, en Japón, en las islas perdidas del Pacífico.

DOSCIENTOS MISIONEROS EN LA INDIA.

Al Sur de la inmensa India los hijos espirituales de nuestra Santa Teresa, los Carmelitas Descalzos, de la provincia de Navarra, van a predicar el Evangelio y a difundir la civilización. La misera comida de aquel pueblo es el arroz hervido, acompañado de un típico *carry*, hecho con guindillas picadas. Las cucharas y tenedores son allí los dedos, y la vestimenta queda reducida, en la ma-

yoría de los casos, a unos trapos sucios.

En Bombay trabajan Jesuitas españoles de la provincia aragonesa. Es una ciudad muy europea, con 25 castas subdivididas en múltiples tribus. Aquello es una Babel, donde se hablan 26 lenguas distintas; una Babilonia de religiones y sectas. Allí tienen los españoles una Universidad, con 36 Colegios universitarios y 537 Colegios de Segunda Enseñanza. En Bombay funcionan Instituciones científicas españolas de gran prestigio: Institutos de Biología, de Historia, de cine, de radio. La Biblioteca es una de las mejores de todo el Oriente. Los Jesuitas han extendido sus misiones hasta Guegerat, la patria de Gandhi. Entre los parias y los intocables, los mismos religiosos españoles, que enseñan las ciencias en los Institutos modernísimos, saben vivir en miserables chozas.

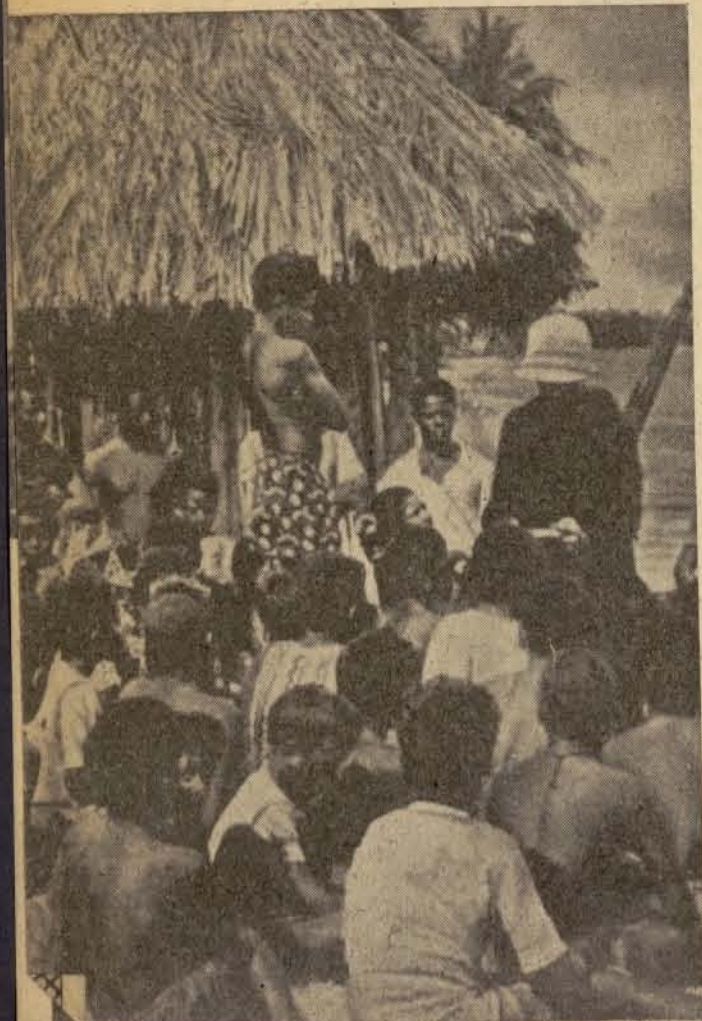
ENTRE FIERAS Y CALENTURAS.

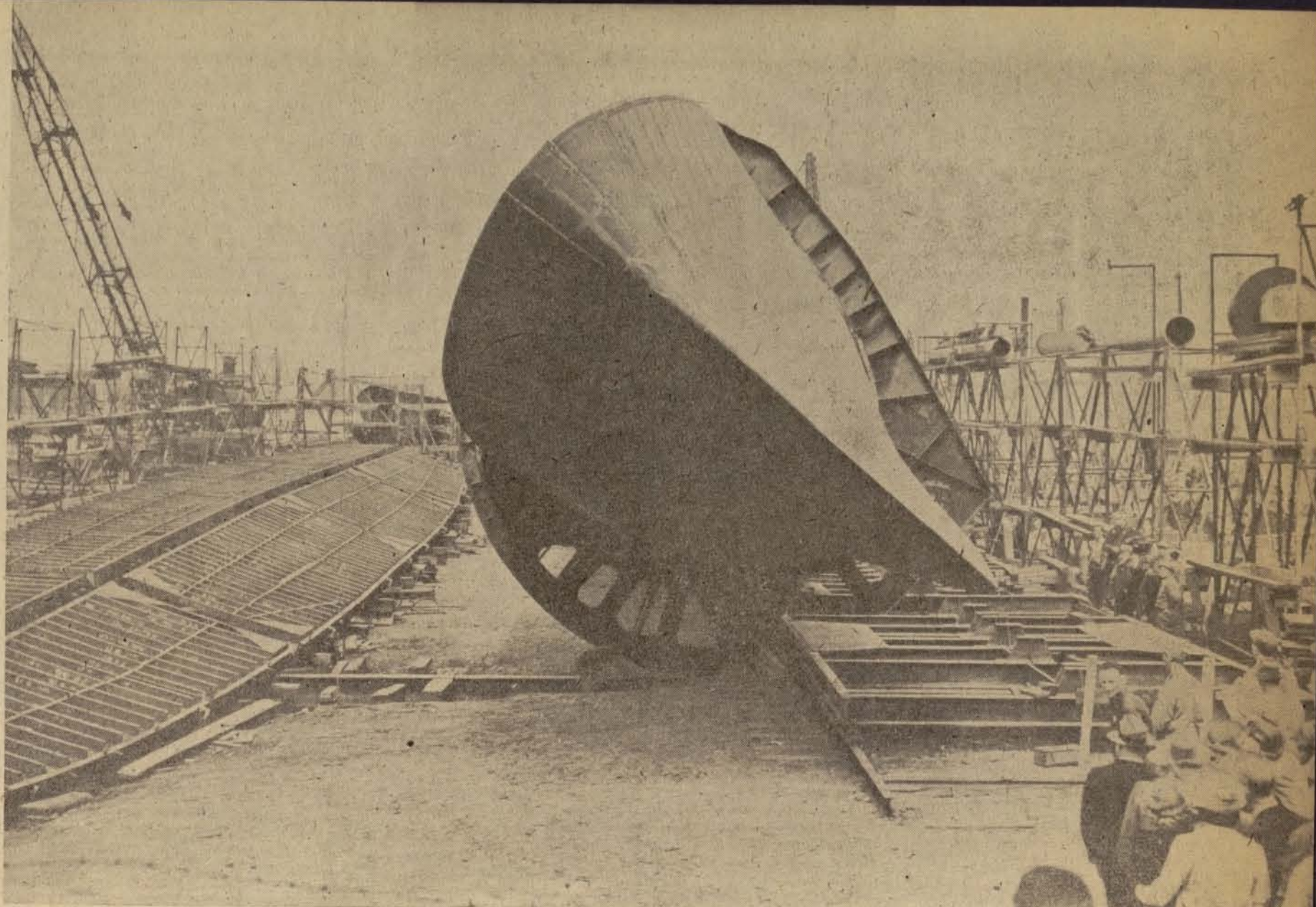
En Kuttach hay 26 Padres Paúles y seis Hermanitas de los Pobres que ejercen su sacerdocio con ilimitada abnegación.

Aquellas mujeres de nuestra misma raza, que en los inhóspitos parajes indios trabajan en nombre de Dios, practican sus servicios desinteresados, a veces con un candor, con una sencillez y con una inocencia que conmueve. Veamos la carta de una religiosa que escribe a sus Hermanas de España contándoles una anécdota de su vida: "La semana pasada—dice—salí con Sor Ana a un pueblo cercano, y a los pocos metros, en medio del camino, encontramos una culebra bastante regular. Como estaba muy quieta dudamos si estaría muerta o dormida; estuvimos unos momentos contemplándola, esperando que llegasen unos indios que venían por el mismo camino, por si, más acostumbrados que nosotras a esos encuentros, la mataban. Pero no fué así. Se fueron juntando hasta tres en plan de espectadores. En esto la culebra despertó, y se disponía a atravesar el camino para ocultarse entre unas malezas. Me revestí de valor, y cogiendo una gruesa piedra se la tiré a la cabeza. Los indios me miraban extrañados. De la primera pedrada no murió, pero con una segunda la dejé sin vida. Tiempo me faltó al llegar a casa para contarles a las Hermanas mi hazaña, porque me tienen por muy cobarde, y no ha habido ninguna que haya matado una culebra tan grande".

Esta misión que allí ejercen los españoles requiere un sacrificio estimable en el más alto grado. Desarrollan su difícil tarea espiritual en bosques poblados de fieras, donde azotan a los blancos la fiebre amarilla, la malaria; en medio de una extrema pobreza y soportando temperaturas tropicales.

ALONSO DEL POZO.





Kaiser, el mago de la construcción naval, que se marea al entrar en un barco

CONSTRUYE LOS BARCOS BOCA ABAJO Y LOS LANZA AL AGUA EN TRECE DÍAS

"A CABO de firmar con el Gobierno Inglés un contrato para entregar 30 barcos, y eres tú, Clay, quien los va a construir. Apenas podía Clay P. Bedford prestar fe a esa noticia que así, escuetamente y de buenas a primeras, le daba su socio Henry J. Kaiser, el día 20 de diciembre de 1940, fecha desde entonces memorable en su vida."

Este pasaje, que parece desglosado de una novela de misterio y que todos convendremos en que merece serlo, no tiene nada de novelesco ni imaginativo, y es sólo el reflejo de un episodio en la vida de Henry J. Kaiser, que en los últimos meses ha escalado las cumbres de la notoriedad, como el mágico y portentoso artífice de la Marina mercante.

Lo primero que confiesa Kaiser es una enciclopédica ignorancia de cuanto se relaciona con los barcos y sobre todo con su construcción. Kaiser es un hombre que se marea en cuanto pone el pie en un trasatlántico. Pero si ese personaje no sabe nada de barcos, posee un genio prodigioso para la organización y una audacia, un dinamismo y un espíritu de empresa que no se detiene ante las dificultades más montañosas que a un individuo puedan presentársele en la existencia.

Para él la palabra imposible no existe más que en el Diccionario, y aun de allí desearía verla borrada, para que no sirviera de excusa a los pacaos y pobres de corazón.

Cuando Kaiser firmó el contrato con el Gobierno inglés para la entrega de 30 mercantes, nuestro "constructor" no tenía la menor idea de cómo iba a construirlos, ni mucho menos de si podía hallar astilleros utilizables para la ejecución de su compromiso. Una cosa, sin embargo, sabía Kaiser, y era que los barcos se construían; no sabía cómo, pero se construían.

CIEN, MIL, DIEZ MIL BARCOS

Con el contrato en el bolsillo, tomó el tren y se fué al Oeste, donde consiguió interesar en el negocio a John Reilly, dueño de los astilleros Todd, en Seattle. Reilly tenía gradas en que construir los barcos, pero le faltaban ingenieros y personal técnico. Kaiser tenía ingenieros y personal técnico, pero no tenía gradas. Los hombres no tardaron en entenderse, y Kaiser, que en su imaginación veía ya los 30 barcos a flote y en ruta hacia la costa inglesa, empezó a sentir una nueva inquietud: la de que 30 barcos eran muy pocos barcos para un hombre de su voltaje, y que tal vez había llegado

el momento de acometer la construcción de 100 barcos, de 1.000, de 10.000. En la imaginación de Kaiser bullían los barcos como puedan bullir los buñuelos en una caldera de aceite.

Para un señor que carecía de antecedentes en la costa, ya que todas sus actividades se habían concentrado en la creación de grandes presas en el suelo continental centroamericano, era de todo punto importante el que los clarines de la fama anunciaran proféticamente al mundo que Kaiser no era un constructor de barcos de los que podríamos llamar del montón, sino un constructor como no se había conocido ni sobre la tierra ni sobre las aguas desde el arca de Noé hasta nuestros días.

Y en la mente de Kaiser se incubó el proyecto de immortalizarse como el hombre capaz de construir más barcos que nadie y en menos tiempo—en muchísimo menos tiempo—que nadie.

Al pobre Reilly, al microscópico Reilly lo dejó solo en los astilleros de Seattle, ocupado en la construcción de aquellos 30 barcos para el Gobierno inglés, en los que Kaiser pensaba ya retrospectivamente con cierta humillación y positivo sonrojo. Treinta barcos, una cosa tan insignificante como 30 barcos para un hombre como Kaiser!... ¡Bah!...

ASTILLEROS EN SEIS MESES

Como ya hemos dicho, la conversación inicial de esta empresa entre Kaiser y Reilly se había efectuado el 20 de diciembre de 1940. En enero de 1941 estaba ya constituida la Sociedad Todd California Shipbuilding Corporation. Los astilleros había que construirlos. Adoptáronse para el caso unos terrenos pantanosos en un rincón ignorado de la bahía de San Francisco de California. Las gentes más experimentadas en lides marítimas no concebían que los terrenos quedasen aptos para la habilitación de los astilleros en menos de seis meses. A los noventa días escasos, ya tenía Kaiser las gradas montadas y estaba en disposición de empezar a servir pedidos. "¿Quién quiere barcos?", preguntó por los cuatro puntos cardinales, y no hay que decir que la invitación halló prolífica respuesta.

La misma celeridad que se imprimió a la construcción de los astilleros hubo de imprimirse a la construcción de los navíos. Los métodos empleados por Kaiser fueron auténticamente revolucionarios. La técnica consagrada en esta labor consistía en erigir la estructura en la grada, colocan-

do las planchas una a una, con los consiguientes robtones, y lanzar luego solemnemente el barco al agua, previa la rotura de una botella de champagne en la proa y a los acordes del himno nacional, ejecutado por una murga contratada al efecto.

COMO SE HACE UN BARCO BOCA ABAJO

Kaiser ha empezado por acabar con los remaches, ha eliminado los lanzamientos y, desde luego, se ha ahorrado con ello el costo y las disonancias de la banda musical. Los obreros no trabajan todos en el navío en construcción; la mayoría de ellos se ocupan en preparar y montar las piezas en los patios del astillero, que poseen una superficie dos o tres veces mayor de la que se les concede ordinariamente en estos trabajos. Las piezas así montadas se transportan directamente a las gradas, utilizando unas grúas de 150 toneladas de potencia, desconocidas hasta ahora en los astilleros, pero que no eran ajenas a las construcciones fluviales, donde Kaiser tuvo la brillante idea de procurárselas. Mediante esas colosales máquinas el barco se construye por secciones en los patios: esas secciones se trasladan a las gradas, se sueldan unas a otras... ¡y ya está el barco! Mediante este procedimiento se ha logrado reducir gradualmente el período de construcción de un mercante de 10.000 toneladas, de los de tipo standardizado Liberty, de seis meses a ciento veinticinco días, a noventa días y a trece días, que fué la recientísima hazaña de los astilleros de Kaiser.

Como ya hemos apuntado, en la nueva técnica de construcción naval se elimina los lanzamientos, y al efecto, las gradas no son sino unos diques secos, con sus correspondientes compuertas para dar entrada al agua y hacer que el nuevo barco flote dentro del dique mismo, y de allí pase al mar, sin más ceremonias. Otra de las innovaciones introducidas por Kaiser es la de construir el barco boca abajo. De esta manera la obra muerta de las cubiertas se construye por partes, pues es más fácil soldar cuando la pieza que se suelda se mira desde arriba que cuando se mira desde abajo.

Kaiser, el hombre que no sabía cómo se las iba a componer para dar cumplimiento a un pedido de 30 barcos, está hoy construyendo centenares de ellos. Kaiser, que no entiende de barcos, que sólo sabe construirlos con asombrosa rapidez; Kaiser, como Napoleón, que no entendía nada de estrategia, y lo único que sabía era ganar batallas!...

UNA NOVELA DE MISTERIO.

LA ISLA SUICIDAS

DE LOS

POR FH. CASTLE

El gran público lo tomó a chacota; sólo los elegidos supieron leer entre líneas. Y en verdad que el anuncio invitaba a las más dispares interpretaciones y sugerencias. Pero la masa coincidió en afirmar que se trataba de una original publicidad cinematográfica. A pesar de ello se cruzaron múltiples apuestas y discusiones.

Y el extraño anuncio se repitió en las primeras planas de los periódicos, con extraordinaria riqueza tipográfica, durante tres días. Y todas las gentes de la gran urbe pudieron leer:

"A LOS QUE PIENSAN ABANDONAR VOLUNTARIAMENTE

LA VIDA

¡PROLONGAD UNOS DÍAS VUESTRA MAGNA DECISION!

Compañeros selectos de la última pirueta: antes de iniciar la definitiva ruta, haced un tibio intervalo de espera. Así viviréis la más absurda, extraña y maravillosa proposición que en vuestra infeliz existencia concibierais. Un nuevo mundo, ignoto e inextricable, florecerá ante vuestros ojos, abiertos en éxtasis inespecial. Ello, si sois capaces de comprender la infinita armonía, os hará renacer, como originales ave-fénix, de vuestras propias y calientes cenizas.

¡Compañeros de la hora más bella, porque es de destrucción: dentro de cuarenta días, un dilecto de nosotros os saludará en lugar y hora que fijemos. Estad alerta a la llamada de la Asociación Internacional de Suicidas y dilatad el último gesto hasta entonces."

El Comisario de lo Criminal mostró al Jefe Superior el periódico en el primer día de inserción del anuncio. La suprema autoridad policíaca leyó éste despaciosamente. Luego lo volvió a leer. Al fin, la mirada ya vuelta hacia el Comisario, interrogó:

—¿Qué opiná usted de esto?

La respuesta surgió rápida y definitiva:

—Publicidad, simplemente publicidad.

—Haga gestiones en los periódicos.

—Ya se han practicado. Y todo está en regla, si bien de un modo original. La factura de las administraciones de los diarios se encuentran extendidas a nombre de Silvia Sandoval. Aunque la liquidación la haya efectuado un hombre. Ambas personas resultan desconocidas. De ahí que tenga la completa evidencia de que el asunto no es más que un reclamo a la americana. Acabarán anunciando alguna nueva marca de licores. Poco hemos de vivir si no lo vemos.

El Jefe Superior asintió. El participaba de las ideas de su subordinado. Sin embargo, con previsorá prudencia dictó:

—Bien; esperemos atentos si sale esa cita que anuncian. Entonces ya obraríamos.

Veinte días después, un extraño crimen pleno de características singulares y emotivas llenó de gruesas

titulares y espeluznantes narraciones el papel de los diarios. Y muy pocas personas acertaron a descubrir en la sección de anuncios por palabras este inexpresivo:

"A los que vieron y creyeron. Rectificada fecha. Próximo día uno. Once noche. El Gallo Verde. A. I. S."

El Gallo Verde pequeña y escondida taberna del puerto, en aquella noche infernal del día uno se encontraba completamente solitaria. Tan sólo el señor Adel, dueño del figón, y Colás, el mozo dependiente daban vida a la escena.

El segundo, con visible nervosismo y voz temblorosa, inquirió:

—Señor Adel. ¿No le parece que cerremos?

La poderosa y ventripotente humanidad del interpelado giró hacia el muchacho.

—No, Colás. No sería yo quien diera con la puerta en las narices a esos señores. No quiero cuentas con suicidas. A esa gente no le preocupa llevarse a nadie por delante.

—Hizo usted mal en no avisar a la policía.

—¿Por qué, muchacho? Bien claro me lo ordenada el "anónimo". Y por otra parte contra nosotros no tienen nada.

—Pero, ¿volverán?

—No lo dudes, mozo; a las once. Sólo faltan diez minutos. Limpia esas mesas y anima la cara, que no te van a comer, ¡que ley!

Un brusco y seco golpe cortó el iniciado movimiento del muchacho, que se volvió, el rostro céreo, hacia el jefe, estremecido asimismo.

—¿Qué ha sido?

—La puerta. ¿Para qué la entornaste?

—Creía...

—No creas nada. Abre.

—¡Señor Adel!

—¿Tan gallina eres?

Herido en su amor propio, azorado y quebradizo, el muchacho abrió de un vivísimo impulso la puerta, y antes de que el agua penetrara en el recinto ya estaba el mozo en el mostrador.

Los dos hombres esperaron angustiados la irrupción de lo desconocido. Pero sólo el aire, poderoso, anuló la acción de Colás, con un violento golpe que debilitó los goznes de la puerta.

Segundos después ésta volvió a abrirse lentamente. Alguien, cubierto con un negro impermeable de capucha, se abría ahora espacio, luchando con la resistencia de la pesada madera. Al fin se situó en el centro del establecimiento. Y los ojos atónitos de los servidores de éste, descubrieron en la desconocida figura a una encantadora muchacha.

Sin dudarle un momento, ésta avanzó hacia una mesa. Al llegar a ella despojóse del impermeable, descubriendo una grácil y moderna silueta.

Colás, crecido a la realidad, atendió a la cliente.

Mientras, otra vez giró la puerta, para dar paso a dos nuevos desconocidos. El primero representaba ser de

edad madura, y de buena posición social en el segundo se percibía perfectamente al criado.

Los circunstantes descubrieron en el caballero, a un ciego. Y presenciaron una fría y patética despedida, en la que hubo súplicas del doméstico y órdenes secas, si bien de suaves modulaciones, del señor.

Otra nueva persona que irrumpió en el local, reclamó la atención de los reunidos. Y los ojos analizadores percibieron a un hombre joven, de recia arquitectura, y desastrado aspecto.

El muchacho, sin preocuparse del lamentable estado de su vestuario totalmente empapado de agua, observó con mirada rápida y analítica el establecimiento. Luego la vista descansó en la muchacha, que velozmente devoraba el contenido de un plato, desprecupada ya de todo. Se sentó en otra de las mesas.

Y nuevamente la puerta volvió a abrirse para dar paso a un nuevo personaje. Representaba ser el intruso persona de edad madura y de gran irritabilidad. Cuando encontró asiento observó descaradamente a sus vecinos.

Hubo un instante tenso: los extraños personajes se sabían presentes allí por la misma causa; pero faltaba el lazo, el nexo que les uniera: el hombre que lanzara los anuncios.

De pronto la estancia quedó envuelta en las más negras tinieblas. Se hizo entonces aún más impresionante el silencio. Sólo afuera, la lluvia que arreciaba por momentos, batía su impetuosa cantata.

Los circunstantes percibieron vagamente que alguien penetraba a favor de la oscuridad. Alguien que ocupó un sitio en el más disimulado rincón.

La luz surgió entonces. Y las miradas de los reunidos asatearon a éste. La investigación tuvo resultados nulos: el recién llegado se escondía embozado en su capa hasta los ojos.

Las once metálicas campanadas llenaron de tonos lúgubres el ámbito de la sala. Y moría la resonancia del último toque cuando la puerta volvió a abrirse, para dar paso a un hombre de impresionante aspecto. Con mirada fría, metálica, investigó el lugar, luego, los circunstantes. Efectuado el análisis, avanzó hacia el joven, que le observaba atento, y con voz de extrañas modulaciones inquirió:

—¿Leyó usted el anuncio?

Un sí rotundo y esperanzador fué la respuesta.

Avanzó ahora el hombre hacia la muchacha.

—¿Y usted?

El que diera su respuesta el primero se sintió impresionado por el desgarre, la renunciación y la frialdad de la afirmativa respuesta de la interpelada.

El interrogador no tuvo necesidad de llegar al ciego. Este, percatado de que los pasos del extraño personaje iban hacia él, dió su respuesta categórica.

Igual aconteció con el hombre de la poderosa arquitectura.

Faltaba sólo la respuesta del embozado personaje. Que también surgió, aunque extraña:

—Sí, también yo he venido. Le ruego no se acerque: mi rostro, destrozado por una explosión, es la más horrible interpretación del averno.

El interrogador se acercó al embozado. Se podía percibir un esbozo de duda. Que se demostró inmediatamente.

—Descúbrase a mí; he visto muchos horrores en mi vida.

Era extraña y dura la escena, y resultó de rápida culminación; fueron instantáneos y sucesivos los tres hechos: la aparición de un rostro horrible, de carátula de pesadilla, el paso hacia atrás del interrogador, y el agudo grito de terror de la muchacha.

Luego, floreció la voz cavernosa del desgraciado:

—¿Lo ven? Ni la misma muerte lo supera.

Otra vez nació la voz del último arribado. Para ordenar a los atónitos taberneros:

—Pueden marcharse y regresar dentro de una hora. Encontrarán una buena gratificación. Pero cuidado si alguien nos interrumpe, la Asociación Internacional de Suicidas no suele conceder importancia a los obstáculos que pretenden presentarse. ¿Entendido?

Los honrados servidores del vinícola establecimiento jamás llegaron a recordar la respuesta, pero siempre tuvieron fijo en la memoria el recuerdo de una hora infernal en la noche más tremenda.

Cuando cerró la puerta el último personaje invitó:

—¿Quiere hacerme el favor, señores?

El embozado fué el único que no acudió a la agrupación.

—Perdonen que siga aquí. Podría asustar otra vez a la señorita.

El miembro de la A. I. S. comenzó el extraño interrogatorio por la muchacha:

—¿Qué causas motivan?

La respuesta fué rápida y escueta:

—El hambre. Y prefiero la muerte a...

—Le honra esa decisión, señorita. ¿Y usted?

El muchacho contestó, frío:

—Desfalco. Todo, antes que la cárcel.

—¿Le persiguen?

—Me buscan.

Ahora el delegado de la A. I. S. interrogó al ciego:

—¿Desesperación?

—Sí.

—Como nuestro embozado amigo.

¿Y usted, caballero?

—Asesinato; maté a mi amante. Alguien lo sabe. "Chantage". Prefiero el definitivo escándalo.

—¿Es usted casado?

—Sí.

Concluido el extraño interrogatorio, y tras densa pausa habló el delegado:

—Señores: En representación de la Asociación que les ha convocado, les invito a vivir la más maravillosa experiencia. Un fantástico viaje al verdadero país del Olvido, donde no existe sino el placer. El placer que cada uno guste, que cada persona estime por encima de todo. Y ello envuelto en la pura y natural lucha contra los elementos torvos de la naturaleza, contra las fuerzas malignas en incomparable victoria de la personalidad...

Fluía convincente e iluminada la voz del delegado. Que al fin concluyó:

—¿Alguno, pues, se decide a la gran aventura?

Cinco afirmaciones surgieron categóricas.

—Gracias, señores. Denme cada uno



en un papel sus direcciones. Y mañana estén temprano dispuestos: iniciaremos la nueva ruta.

Cuando al día siguiente se encontraron en la carlinga del avión faltaba uno. Alguien observó al delegado: —¿Y el ciego?

La contestación, extraña, hizo pensar a los voluntarios de la muerte.

—¡El ciego! No nos sirve para nuestra gran República. Resultaría inútil para el sublime trabajo.

Luego, rara bebida, ofrecida gentil-

mente por el delegado abatió a todos en un profundo, espeso, letárgico sueño. El ruido de los motores fué el último rumor que los viajeros escucharon.

¿Qué tiempo duró el viaje? Nunca lo supieron. Despertaron media hora antes de aterrizar en una pequeña isla.

El delegado, tras breve explicación sobre el forzado letargo, encaminó a sus acompañantes hacia un coche. En él se trasladaron al centro de la isla. Donde paró el turismo se elevaba un

risueño palacete y a su lado, formando calles, unas inmundas chozas. El contraste era demasiado fuerte para no saltar a la vista en seguida.

—Vamos a ver al Amo—indicó el delegado.

El joven desfalcador observó:

—¿El Amo?

La respuesta fué de tonalidades metálicas:

—Sí; el Presidente. Aquí le llamamos así.

El del rostro destrozado objetó:

—No me gusta. Le llamaré Presidente.

—Ya veremos.

La extraña frase fué la última. Un criado, la mirada en el vacío, les abrió; otro, los ojos muertos en lejanías, les condujo por el vestíbulo; otro, la vista errátil, avisó al Amo.

Y éste hizo su aparición en el salón. Los voluntarios de la muerte descubrieron que se encontraban frente a un loco.

Las palabras del Amo confirmaron el aserto:

—Hola, Chandro. Nuevos invitados, ¿eh? Buena, buena carnaza. Asesinos, ladrones, desesperados, prostitutas.

La muchacha se tambaleó como si hubiera recibido una bofetada. Y buscó apoyo en el brazo varonil del desfalcador.

Este se irguió para la protesta. Pero no hizo falta. Los ojillos sangrientos del Amo se habían fijado en el suave y encantador rostro de la chiquilla.

—No; me equivoqué. Perdona, muchacha. ¡También desesperación, verdad! Bien, bien.

Rió el Amo. La risa era impresionante. A pesar de la madura edad del hombre éste aparecía fuerte como una columna.

Las siguientes palabras del extraño personaje descubrieron a los voluntarios de la muerte que habían caído en una terrible trampa.

—Señores: me consta que entre ustedes hay un agente diestrísimo de la Policía internacional.

Hizo una pausa para analizar los rostros de los visitantes: las diversas sensaciones no revelaron dato alguno al observador. Que prosiguió:

—Soy sincero: no he conseguido hasta ahora descubrirlo. Pero no importa: lo haré. ¡Chandro!, la operación no se efectuará para estos señores hasta que yo ordene. Jugaré a ser yo policía... Yo, policía... ¿No te ríes, Chandro?

Había algo demoníaco en la risa de los dos hombres.

Volvió a hablar el Amo:

—Y ahora, enséñalos nuestras minas. Que se diviertan y vean su futuro trabajo: ¡Listo! Y cuidame a la muchacha, que será mi mujer; mi decimosexta mujer.

Visión de pesadilla resultó la visita a las minas. Centenares de hombres, decenas de mujeres trabajaban en ellas. Sin una pausa, sin una cadencia, sin una conversación. Y todos los trabajadores tenían su gélida vista perdida en la horizontal.

El desfalcador fué el primero que exteriorizó el pensamiento de sus acompañantes:

—Estos hombres tienen helado el cerebro.

El asesino observó:

—Como lo tendremos nosotros cuando descubra al agente.

El del rostro destrozado objetó:

—Veremos si lo consigue el Amo. No me resigno a ser marioneta.

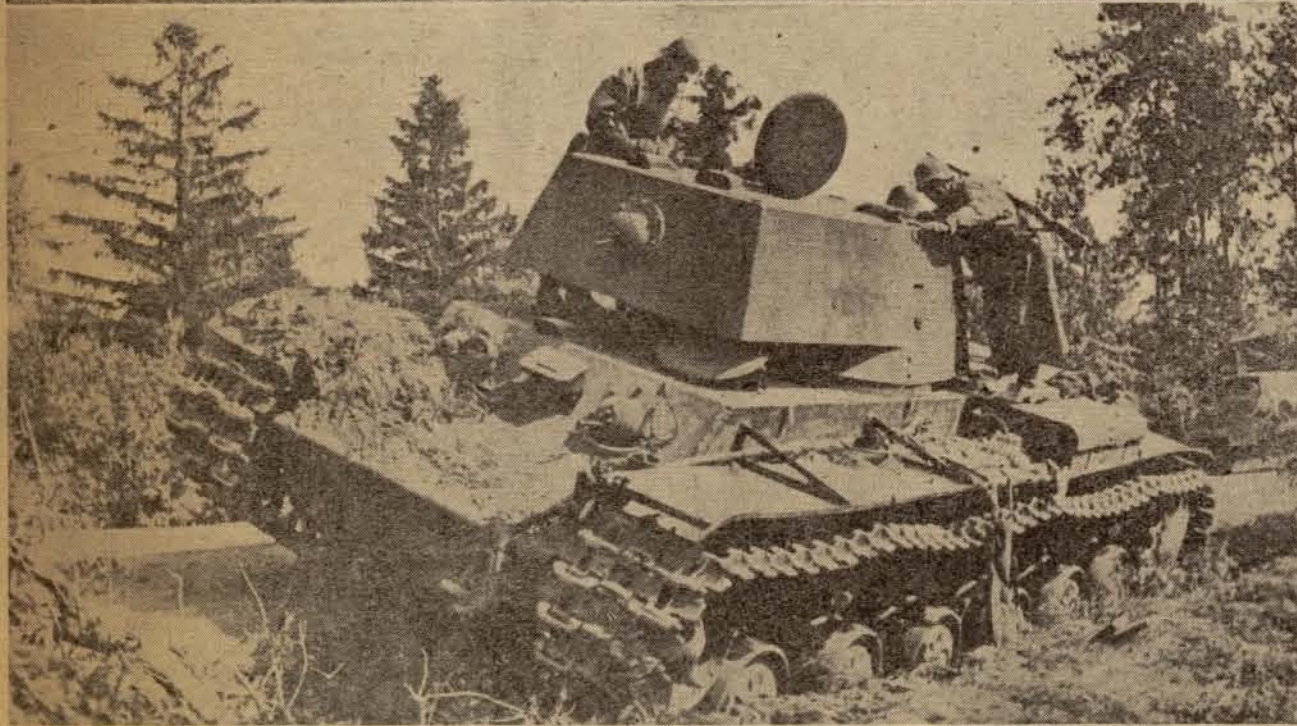
La voz del delegado nació sarcástica:

—No lo dudes, desgraciado amigo. Ni por un momento.

Tras la primera comida pudieron los voluntarios de la muerte celebrar consejo. El asesino planteó la situación:

—Hemos sido engañados. Sólo nos quedan dos caminos: o suicidarnos, como es nuestro deseo, o luchar contra el Amo. Opino es mejor lo segundo: morir de cara. Por otra parte intenta ese loco hacer desgraciada a la muchacha. Vamos a jugarlos la vida por ella; bien poco la ofrecemos, en verdad, pero servirá.

(Concluirá en el próximo número.)



EL EJERCITO ROJO

COMO NACIERON DEL CAOS ZARISTA LAS MESNADAS SOVIETICAS

I

LA FUERZA QUE MUERE

En estos días, en los que se va dibujando el final del Ejército ruso, es oportuno recordar cómo nació este Ejército y cómo adquirió una potencia bélica, en virtud de la cual no faltó quien la considerase como invencible... Pero este formidable Ejército, carente por completo de ideales, no pudo resistir el empuje de las tropas alemanas.

No puede existir eficacia en la fuerza que carece de espíritu que le anime y le dé vida; una fuerza semejante es la misma que poseen esos individuos que nacieron con un músculo de vigor excepcional y con las inteligencias romas o atrofiadas.

En el caso del Ejército rojo, la atrofia de su mentalidad ha sido reemplazada por la de los malos instintos, que no cuentan para el logro de las empresas nobles y honradas.

EL CAOS

Un caos de lágrimas, crímenes, sangre, llamas y miseria. Algo demoníaco que escapa a toda concepción humana surgió en Rusia el año 1917. Enemigos dentro y fuera de la patria dominada por el terror; pánico en las víctimas y pánico en los verdugos, como si temieran que su maldad los alcanzara a ellos mismos. En el cataclismo total de aquel país, dominado por una violenta ráfaga de vesánica locura, lo primero que arrasó el satánico huracán de pasiones cavernarias fué una de sus principales instituciones: el Ejército. Roída por hedionda gusanera de torpes pasiones de puro materialismo, el alma que daba vida al cuerpo armado de la patria fué asesinada y su carne descompuesta y en total putrefacción fué a aumentar la gusanera que le dió muerte.

LA DESCOMPOSICION DEL EJERCITO

Finalizaba el mes de octubre de 1917, y con él sumiase en las nieblas que entristecían las estepas rusas la desgraciada aventura de Kerensky, cuyo régimen agonizaba para morir días después, dejando paso al caos. El Ejército comenzó a descomponerse. Exigía la paz con los alemanes para poder regresar a sus casas; la mayoría ni siquiera esto pedía, sino que abandonaba sus puestos de combate para regresar a su hogar; sobre los campos de trincheras, obre los cañones, puestos de aprovisionamiento y ambulancias sanitarias caía la nieve cubriéndolo todo, sin que una mano fuera a barrerla para evitar que la sangre de un Ejército se helara. Nadie obedecía órdenes de nadie, y si alguno se atrevía a darlas, un tiro segaba la voz.

DE SOLDADO A DIVISIONARIO

El coronel Kamenef—luego generalísimo de las tropas comunistas—reunió en su puesto de mando jefes y oficiales para notificarles que había dejado de ser coronel para convertirse en un simple soldado. Al día siguiente—se había producido ya el golpe comunista—se presentó en el puesto de mando Kamenef, el nuevo jefe, un soldado ascendido a divisionario, cuya única explicación de su presencia fué decir que había olvidado hacerse acompañar del nuevo jefe del Estado Mayor, que daría cuenta de los cambios operados en el Ejército.

Pocos días después se recibió en el puesto de mando de aquel sector, en el que ya no había más que nieve y soledad—era mediados de noviembre—una comunicación telegráfica, en la que se decía que el Soviet de los Comisarios del pueblo había nombrado generalísimo de los Ejércitos comunistas al subteniente Krylenko.

KRYLENKO, PRIMER GENERALISIMO DE LOS SOVIETS

Nadie conocía en el Ejército a su nuevo generalísimo Krylenko; sin embargo, era conocidísimo en los medios comunistas. Siendo subteniente se destacó en la propaganda revolucionaria con el seudónimo de "Camarada Abrani", y al tomar parte en los sucesos de 1905 fué preso y expulsado del Cuerpo.

El nuevo jefe hizo presentación en Duinsk, cuyo sector estaba bajo el mando del general Boldyref, siendo su primer acto el pronunciar un discurso político a la muchedumbre de soldados, obreros y campesinos que le recibieron en la estación, y terminada la arenga política, llamó para que se presentase en el coche salón al general Boldyref, que se negó a ello, lo que le valió ser arrestado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, salvándole de ser fusilado la gran popularidad que dicho general gozaba tanto entre el elemento militar como entre el civil.

PAZ CON LOS ALEMANES

La primera orden firmada por Krylenko fué para decir a los soldados que, sin más complicaciones complementarias, entrarán en negociaciones con el Ejército alemán para que cesaran las hostilidades. Estas negociaciones debían hacerse directamente entre Cuerpos de Ejército, y en caso de dificultad, por divisiones, regimientos, batallones, compañías o grupos de soldados.

Durante noviembre se cumplió la primera parte del programa gubernamental del nuevo régimen, y el Ejército ruso dejó de existir.

(Continuará en el próximo número.)



CINE

"¿De manera que usted quisiera ser estrella del cine?"

Eso es lo que piensa Myrna Loy cada vez que lee una de las infinitas cartas de muchachas que sueñan con ser algún día luminarias de la pantalla.

La actriz está convencida de que si estas muchachas conocieran algunas de las angustias y penalidades que trae consigo el estrellato, muchas de ellas aspirarían a seguir otra carrera.

"Llegar a ser estrella—dice Myrna Loy—es simplemente la mitad de la batalla. Mantenerse en esa posición exige una lucha más agotadora y constante."

Myrna no ha olvidado todavía sus primeros pasos en el cine. Tras largos años dando lecciones de baile, por fin le adjudicaron un papel de cierta importancia en *Ben-Hur*, pero su alegría duró solamente un par de días. Antes de tener siquiera oportunidad de demostrar frente a las cámaras sus habilidades interpretativas, los altos funcionarios del estudio cambiaron de idea y dieron su rol a otra artista con más experiencia que ella.

"Con tal motivo se desvanecieron completamente mis ambiciones cinematográficas, volviendo a mi profesión anterior... maestra de bailes. Por entonces, Sid Grauman estaba seleccionando los artistas que tomarían parte en cierta representación, que hacía las veces de prólogo a la película de Charles Chaplin *La ceguera del oro*. Yo fui ele-



Myrna Loy FUÉ PROFESORA DE BAILE

LA VENTA DE UN MARIDO

Nunca hasta ahora había llegado a cobrarse a una mujer por la venta de su marido la suma tan enorme como es la de un millón de dólares.

Hace pocas semanas, uno de los millonarios yanquis, gran fabricante de hoja de lata, se divorció de su esposa para contraer matrimonio con otra señora. Para inducir a su mujer a que pidiera el divorcio al mismo tiempo que él, le entregó un millón de dólares.

El pago se hizo el 31 de junio. El divorcio se consiguió el 30 de julio, y media hora después se verificaba la nueva boda.

Es la mayor cantidad que se ha pagado por obtener un divorcio.

gida para encarnar a una de las bailarinas", explica Myrna.

Los bailables ejecutados por Myrna le valieron otra oportunidad en el cine por haber llamado la atención de Rodolfo Valentino y su esposa, quienes la contrataron para desempeñar un papel en *El precio de la belleza*, donde personificó a una exótica sirena.

Al cabo de algún tiempo, adjudicaron a la joven un papel dramático en *De mujer a mujer*, conquistando Myrna un triunfo tan resonante, que sus días de sirena de la pantalla pasaron a

la historia como un recuerdo delicioso y grato.

"Ahora recibo con frecuencia cartas de muchachas que envidian mi título de *estrella*. Pero esas muchachas no se dan cuenta de mis temores cada vez que voy a ver la exhibición privada de alguna de mis películas, ni comprenden tampoco que mi vida no me pertenece en absoluto durante los meses que requiera la producción", declara Myrna Loy.

"No obstante, si tuviera que empezar mi vida de nuevo... seguramente me gustaría llegar a ser estrella de la pantalla."

LA FICHA BIOGRAFICA DE GINO CERVI

GINO Cervi nació en Bolonia el 5 de mayo de 1901. El padre de Cervi, a pesar de poseer una quinta, no se sintió jamás arrastrado por la pasión agrícola, y trasladándose a Bolonia para sus estudios, allí fijó su residencia, donde llegó a ser crítico dramático del *Resto del Carlino*. Con el padre crítico teatral de un gran diario italiano es fácil comprender cómo el muchacho pudiese mostrar una neta superioridad teatral sobre sus compañeros de escuela. Tina di Lorenzo le regaló un cucurucho de caramelos, Virgilio Talli le hizo probar en su camerino su peluca. Así que apenas conseguido el primer par de pantalones largos, empezó inmediatamente a interesarse del arte dramático. Siendo su padre crítico dramático, Gino Cervi tuvo la puerta abierta de todas las actrices de la ciudad.

A fuerza de tanto declamar en las compañías de aficionados, un día el joven Gino creyó haber alcanzado las cumbres siendo un gran actor y quiso que su padre lo admirase. Terminada la representación, las palabras del padre fueron éstas: "Chico, haz caso a tu padre, que te quiere, y deja el teatro; eres un mal actor".

Pasaron los años, y Cervi terminó sus estudios de bachillerato. Quedó huérfano, y Nerio Bernardi, un actor amigo suyo, lo dirigió definitivamente hacia el teatro, descubriendo en él aptitudes y grandes posibilidades de buen artista. Fué aceptado como genérico por Alda Borelli, con un sueldo de 15 liras diarias.

Dos años estuvo con la Borelli, y después fué contratado por la primera compañía de Pirandello como galán joven.

En 1927 conoció a Niní Gordini; una muchacha alegre e impulsiva. En 1928 se casó, y en 1929 tuvo un hijo. Entonces comenzó a complicarse su vida: 60 liras diarias son pocas para mantener la mujer y un hijo con ama... La pareja Cervi, por consiguiente, conoció momentos difíciles; pero este período borrascoso pasó, y el 1934 Cervi encontró uno de los más destacados y conocidos actores de la prosa italiana. Por lo tanto, también para Cervi se presentaba la hora de ser actor de cine. Cesare Meano, conocido comediógrafo, debía dirigir un film, y le invitó a trabajar con él. El film se titulaba *Frontera*; pero el debut de Cervi como actor cinematográfico no fué muy halagüeño, porque este film tuvo poco éxito y escasa circulación. Después de *Frontera*, en 1935 interpretó *Amor*, y el mismo año, *Aldebarán*, un film basado sobre la aviación italiana, e *I due sergenti*.

Era evidente que Gino Cervi era uno de los actores cinematográficos más capaces y destacados del cine. El camino estaba abierto y había que recorrerlo hasta el fondo. Y en efecto, siguió una serie de films importantes donde Cervi se afirmó definitivamente. Estas películas son: *Héctor Fieramosca* y *Una aventura de Salvador Rosa*; después siguen *Una romántica aventura*, *La corona de hierro* y, por último, *Los novios*.



TECNICOS ITALIANOS VAN A RUSIA PARA HACER UN DOCUMENTAL SOBRE LA OBRA DE LA CRUZ ROJA DE SU PAIS

Ha salido para Rusia un grupo que forma parte de uno de los trenes hospitalarios italianos, y que se dirige al frente oriental para impresionar un documental que hará ver al público la obra que la Cruz Roja Italiana desenvuelve a tan gran distancia de la Patria para los combatientes italianos.

Un vagón especial ha sido adaptado para el transporte de técnicos y artistas, entre los cuales figura el director Vittorio Carpignano y el operador Augusto Tiezzi.

Los organizadores han tenido que estudiar la manera de alimentar el parque

de lámparas produciendo la energía eléctrica en el vagón mismo, donde han instalado un grupo autónomo a dicho fin. Llevan consigo 25.000 metros de película, cuatro máquinas para impresionar, alguna de ellas especial e idónea a las condiciones climáticas de aquel país, carretines especiales y maquinaria para poder impresionar lo mismo interiores que exteriores.

El grupo realizará durante este viaje un segundo documental dedicado a ilustrar lugares y panoramas en donde combate el Cuerpo de Expedición Italiano en Rusia.

GRACE MOORE

SU MARIDO Y YO



Grace Moore y Lily Pons son actualmente las dos mejores cantantes del mundo..., pero Grace Moore cobra más. He aquí la fotografía que ha dedicado para los lectores de TAJO.

Un esbelto criado del hotel—calzón corto de terciopelo rojo, media blanca de seda, zapato bajo con hebilla de plata y librea azul galeada en oro—anuncia, rígido, solemne:

—El Sr. Parera bajará en seguida...

Son las once de la mañana. Yo fui puntual a la cita. El también; pues pasan cinco minutos, y en lo alto de la escalera, tapizada en marrón, aparece sonriente—silueta “mince”, joven, elegante; abrigo gris entallado; ojos grandes y bigote negro—Valentín Parera, el marido de Grace Moore...

...Parera, que mientras me abraza, enseñándome un paquete que lleva en la mano, ruega:

—Un momento, voy a dejar “esto”...

(¿Qué será “esto”?... No dudo mucho tiempo, ya que a mi lado un botones pequeñín, rubio y guapo, le dice a su compañero, alto, chato, moreno y feo: —¡Las joyas de Grace Moore!...)

...Y aquí está Valentín. No ha cambiado apenas... Si no fuera por esos cuantos hilos blancos que hacen ya un poco gris su cabeza, seguiría siendo el mismo Valentín de hace años, madrileño, simpático, impecable, con su larga silueta, su gesto infantilmente cínico, su cara de persona que “puede” ser mala, y su negro bigote recortado: el Valentín Parera, actor de los primeros “films” españoles, el Valentín Parera de la calle de Alcalá y de *La Condesa María*...

Ayer no era nadie, nada; un muchachito modesto, pobre, a veces despreciado y siempre difícil...

Hoy—millonario, adulado y fácil—lo es todo, ¡porque es el marido de Grace Moore!...

Es realmente extraordinaria esta “facilidad” que tienen los españoles para realizar bodas maravillo-

sas, inverosímiles, increíbles; el caso de Anita Delgado, un día bailarina de café pobre en Málaga, y al día siguiente princesa de Kapurtala, en las Indias; y el de Valentín Parera (marido de Grace Moore en cinco semanas) me hacen pensar en ello, mientras “Tin”—Valentín—, contestando a una pregunta mía: ¿Cómo conociste a Grace?, explica:

—No hagas caso de historias... La verdad es que yo volvía en 1931 a España, desde Hollywood, después de haber hecho unas películas, sin ilusiones, amargado, “fracasado”. ¿Por qué no decirlo?, a bordo del *Ile de France*... En él viajaban dos “primas donnas”; una de ellas, de la Ópera de Chicago, se “timaba” descaradamente conmigo. Tú sabes cómo soy yo; mejor dicho, cómo era yo; me gustaban mucho las mujeres, me gustaba mucho conquistarlas. Yo era casi un conquistador: Valentín Primerro... Pero nunca he querido que me “conquisten” a mí... Además, yo siempre estuve contra el matrimonio. Me veía a mí mismo, pasados unos años, viejo, torcido, enfermo del estómago...; pero soltero, solo, libre, independiente...

...Fué el 20 de mayo... So-

bre cubierta vi de repente una mujer rubia, magnífica... Clásico “coup de foudre”; me quedé enamorado... Yo no sabía ni quién era. Sólo sabía que “Ella” era rubia, y que “Ella” miraba muy fijamente al mar, mientras hablaba en inglés con una amiga... Yo no hablaba entonces el inglés, y tuve que contentarme con mirarla de lejos... “Ella”—mi “Ella”—ni se dió cuenta... Miraba al mar...

Al día siguiente la busqué, como un loco, por todo el barco. Nada. Pregunté por ella hasta al comisario Vilar, que era muy amigo mío. Nada, tampoco. Vilar me contestó sonriendo que había muchas rubias y muchas rubias mirando al mar y hablando inglés a bordo...

Dos días más tarde—el 22 de mayo—paseaba yo por el puente, cuando de pronto me detiene una pasajera para decirme: “Esta noche hay un concierto; es por las víctimas del mar, y cantará Grace Moore...” ¿Grace Moore? Yo imaginé en seguida que Grace Moore era la “vedette” de Chicago que se “timaba”, y me disculpé de asistir, alegando fatiga. Iba a acostarme temprano... Pero en esto pasa “la de Chicago”, y cuál no es mi sorpresa al ver que no saluda a mi interlocutora...

—¿No es ésta Grace Moore?

—¡No!... Grace Moore es una rubia...

—¿Una rubia? ¿Quizá la bella desconocida? Mi decisión fué, como comprendes, inmediata; iría al concierto. Claro que iría al concierto. Y fui. Y apareció Grace Moore sobre el pequeño escenario. ¡Y era Grace mi bella desconocida!... Temblé—puedes creerlo, que temblé—, como tiembla un pájaro asustado, como tiembla un niño emocionado... Grace cantó, nos cantó, “me” cantó *Les filles de Cadix*, el bolero de *Carmen* y la gavota de *Manón*. Nunca lo olvidaré...

Terminado el concierto hubo una cena íntima, ofrecida por el comandante. A mí, no sé por qué, me sentaron a la derecha de Grace. Ella no miraba ya al mar; pero tenía el mar en los ojos. Y aquella noche del 22 de mayo hablamos en francés hasta las siete de la mañana... Después desembarcamos juntos en Francia, fuimos a París juntos, y desde allí Grace se trasladó sola a “Casa Laureta”, su propiedad de Cannes... A mí me esperaba España y un “film” en Londres... Algo que podía hacer mi porvenir y deshacer nuestro poema... Yo no lo consentí. Estaba ya demasiado enamorado... Un día me fui a Cannes; y a las cinco semanas, en Cannes mismo, nos casábamos...

Al principio, todos mis amigos me decían: Valentín, esta boda para otras cinco semanas, y me hablaban sin cesar del divorcio, “que es, por lo visto, un papel muy fácil de firmar en América...” Se equivocaron todos. Llevamos diez años y medio casados, y cada día somos más felices, al menos yo...

—¡Y yo!

Es Grace quien habla. Grace, alta, fuerte, rubia, con los ojos azules como una moderna walkiria americana... Grace, que ha cruzado hacia nosotros en silencio el “hall” del hotel, y que escuchó el final: Grace, en su eterna primavera—“toujours le printemps”, la llama Iturbe—, en su sonrisa eterna, con su magnífico temblor de vida...

Valentín Parera fuma y bebe café... Yo bebo ginebra y fumo... Grace Moore—que ni fuma ni bebe—os habla, mientras tanto, ya que me cuenta a mí, para vosotras, lectoras de TAJO, su prodigiosa vida:

—Sentí nacer mi vocación—mi sacrificio y mi esperanza—cuando, a los diez años, canté, por primera vez, en una iglesia de mi pueblo: Jellico, en Tennessee... Mi familia (padre, madre y cuatro hermanos: tres varones y una mujer) era rica, adinerada, y se oponía en absoluto a que yo me dedicase al teatro, como fué desde entonces mi ansia, mi anhelo... Desesperada, quise ser religiosa,irme como misionera a la China... Pero mis padres hicieron poco caso de mi desesperación infantil y, en lugar de enviarme a China, me enviaron a un colegio de Washington—que está más cerca—para terminar mis estudios... Cumplí los trece años. Una noche canté en una fiesta, en el colegio, con muchísimo éxito. Con tanto éxito, que aquello decidió mi porvenir. Aquella noche “decidí”... para mí, en mí misma, dentro de mí misma: “Yo voy a ser cantante. Yo quiero ser cantante. Y voy a llevar la música—en sublime misión espiritual—por todas las tierras, por todas las partes del mundo... Misionera del “do”, llevaré la ópera a los rincones, a las masas, a los pobres, a los pueblos remotos: allí donde no se escuchó nunca...” ¿Consecuencia de esta juvenil decisión?: que otra noche me escapé del colegio con tres compañeras... Las cuatro, juntas, tomamos un cuarto en Nueva York... Ninguna tenía dinero ni para pagar la comida... Pero ¿qué importa “eso” a los catorce años y con la luz de una esperanza encendida en la frente?...

Llegó la Nochebuena, Nochemala, Noche fría, triste, sin calor, sin comida. Pasó la Nochebuena... Al fin, mi padre, que me estaba buscando desde el principio por medio de la policía, dió conmigo y con nuestra pequeña república. Total: por su parte, unos azotes. Por mi parte, unas palabras. Pude yo más que él y le convení: estudiaría en adelante canto, para llegar a ser cantante de ópera...

Aquí comienza mi vida bohemia... La familia me pasaba una pensión modesta, con la que tenía que atender no sólo a mi persona, sino también a los profesores de música y de canto. Un buen día me juzgué yo, a mí misma, suficientemente preparada, y di una audición en la Ópera de Nueva York... El teatro se venía abajo...



Grace Moore: ópera, concierto, radio, cine... Esta fotografía representa una escena del film *Louise*.

—De éxito, ¿verdad?

—No, señor, de fracaso... Un fracaso rotundo. El público me silbó, pateó... Los críticos escribieron, indignados, que yo no tenía ni "madera" ni condición alguna: que no sería nunca cantante de ópera...

Entonces, yo, que soy muy decidida...

—Muy decidida... muy decidida...—garantiza, sin saber yo por qué, Valentín.

—Yo, que, repito, soy muy decidida, pensé: "Lo que necesito es ir a Europa; tengo que ir a Europa; es necesario que yo vaya a Europa..." Y vine a Europa. Acepté antes, para ello, un contrato modestísimo en una modestísima compañía de operetas. Sólo cantaba una canción. Pasó algún tiempo... Con mis ahorros—¡pobres cuatro cuartos!—vine a París, y en París conocí a Berlín: a Irving Berlín, que me oyó cantar y me contrató en seguida, debutando con él como "vedette en Nueva York, en su *Music-Box Revue*... Allí estuve dos años. Ya era el mío un sueldo decente, ya comenzaba a surgir en mí una obsesión: ¡el Metropolitán, cantar en el Metropolitán de Nueva York!...

Para prepararme volví a París. París no me trajo esta vez suerte... Un mal profesor—sin técnica ni escrúpulos—me dejó afónica: me hizo perder completamente la voz... Pensé en suicidarme. Por fortuna, un médico italiano, a quien viví siempre agradecida (el doctor Maraffiotti, médico asimismo y amigo íntimo de Caruso), me aconsejó que si quería recobrar la voz me fuera al campo: a un sitio donde pudiera estar "seis meses sin hablar"... ¡Seis meses sin hablar, figúrese usted!... Fué el momento más horrible de mi vida. Pero mi ambición logró el milagro...

Y añade humorísticamente:

—Yo creo que soy la única mujer del mundo que ha estado seis meses sin hablar. ¡Sin hablar ni una sola palabra! Para ello tomé una villa en Montecarlo, y allí me estuve ciento ochenta y dos días—¡182 días!—entendiéndome con la gente y pidiendo lo que necesitaba por escrito...

Al fin, cesó el suplicio. Ya curada, volví a París, de allí a Italia y después a Nueva York, donde debuté en el Metropolitán (en el Metropolitán, como yo había soñado desde niña), una noche alegre del año 1928...

—¿Con qué obra?—interrumpo.

—Con *La Bohème*.

Valentín Parera completa:

—*La Bohème* es una de sus tres obras preferidas. Las otras dos son *Manón* y *Madame Butterfly*...

Tras un corto silencio, Grace Moore continúa hablando para vosotras, con su voz de oro, sencilla, comunicativa:

—Fué Valentín quien me convenció de hacer películas. El mismo estuvo seis meses en Hollywood preparándolo todo. Después llegué yo. "Metro-Goldwyn", "Columbia"... Entonces nacen *Jenny Lind* (un "film" demasiado bueno para el gusto americano), y en 1930 *New Moon*...

Al año siguiente de terminar con Goldwyn filmé *Una noche de amor* (*One night of love*), cuyos episodios me han ocurrido a mí realmente en la vida...

Luego quisieron anularme el contrato. A juicio de los productores, el público no soportaría nunca en "film" dieciséis minutos de un aria, como la de *Madame Butterfly*, por ejemplo. Tuvimos discusiones. Violentas discusiones. "Columbia" llegó a pedirme un millón de dólares como indemnización. Y, aunque parezca raro, estas discusiones fueron el comienzo de mi nueva vida cinematográfica. Luché. Luché... ¡y vencí!... Y comenzaron los "love": *Love me for ever*, que dirigió Victor Schsinger, y *When you're in love*, dirigida por Riskin, y más tarde *The King Steps out*, por J. von Sternberg (el director de Marlene Dietrich), y *I will take Romance*, por Griffiths, etc.

Para mi gusto, mi mejor "film" es *Noche de amor*, y después, inmediatamente después *Louise*, la ópera del maestro Gustave Charpentier, que filmé con Paramount en Jointville...

—Entonces ¿ha terminado usted con Hollywood?

—Sí; he terminado, afortunadamente, con Hollywood. Y el terminar me costó en 1937 medio millón de dólares, pues tuve que "comprarle" mi contrato a "Columbia".

—Grace, por favor, una indiscreción... ¿Qué sueldo?...

—Eso, Valentín.

Valentín, que tiene así concedida por ella la palabra, especifica:

—Tres millones de francos por película.

(No está mal por un "film", ¿verdad, lectora?)

Restaurante español. Comensales, Grace Moore, Valentín Parera y yo. El dueño, orondo, redondo, clavel en la solapa, nos hace mil zalemas, con sus cortos brazos de muñeco que engorda... Todo el mundo vuelve la mirada hacia nosotros. Cuchicheos: "Grace Moore..." "Es Grace Moore..." Pues, sí, señores, es Grace Moore, que me habla en español:

—Yo "habla" un "poquita" español...—dice, contenta y orgullosa, como una chiquilla.

(Porque Grace está enamoradísima de "Tin"... y "Tin", Valentín, es español.)

Ella misma nos prepara el menú: aceitunas, jamón y chorizo, como entremeses. Y paella valenciana... Y vino español. Y turrón, y merengues españoles... Y café. Y "Anís del Mono". Y un tabaco de La Habana. Lo elige todo femininamente, con amor, con cuidado... ¡Y ella casi no come! ¿Por qué? ¿Por régimen del arte? ¿Por régimen de "la línea"? No ha querido decirme...

Valentín—"Tin", como le llama Grace—asegura muy serio:

—Mi mujer es una de las mejores cocineras del mundo. La cocina es su verdadera vocación... Hace una tortilla con la misma perfección que canta un aria. Va a publicar en Nueva York, en libro, unas impresiones de sus viajes, con recetas culinarias...

Una Joya del Cine Americano
REBECA
UNITED ARTISTS MERCURIO FILMS S.A.

rias, que está coleccionando hace años: la verdadera guía del "gourmand"... y del "gourmet"...

—¿Cómo se llamará?

—Tenemos pensados dos títulos; pero aun hemos de decidimos de elegir entre ellos, o *Vacaciones de una prima-dona* o *Yo he cantado para comer*...

—Probablemente, *Vacaciones de una prima-donna*—opina Grace.

Por cierto, que le voy a contar a usted algo gracioso: Estando nosotros en Hollywood, invité un día a comer a Enrique Jardiel Poncela. Le di pollo, un pollo hecho por mí y que yo misma he bautizado: "Pollo a la española"... De pronto, Enrique cocó un muslo del pollo y le dice a mi marido: "Pero ¿cómo hace Grace para interpretar tan bien a España? Yo pongo este muslo así, junto a mi oído, y oigo, a lo lejos, las castañuelas..."

Reímos.

—¿Estuvo usted muchas veces en España, Grace?

—No, solamente dos veces; las dos con mi marido y las dos en viajes muy rápidos... Pero me encanta. Adoro todo lo español...

Busca Grace, con los ojos, a "Tin". Yo comento:

—Ya lo veo.

Vienen a nuestra mesa, a saludar a Grace, unos admiradores desconocidos. Aprovecho la libertad que nos conceden para hablar con Valentín a solas de planes... y de "economía doméstica"...

—¿Planes?: ópera, cine, radio... Conciertos en América del Norte. Quizá una "tournee" por América del Sur... Acaso, la Argentina—que tantos deseos tenemos de conocer—, en mayo o junio...

Grace tiene fama de ser muy rica.

—Y lo es—asegura, con natural sencillez, Valentín—. ¡Muy rica! Gasta muy poco. Es muy femenina, muy "humana", muy mujer de su casa. No sale casi le encanta el hogar... Por eso tenemos varios: además de la propiedad magnífica de Cannes, otra, también magnífica, en Hollywood, y un cortijo inmenso, cerca de Nueva York, en el Estado de Connecticut, que es donde viven más músicos y cantantes: Iturbe, Milton, Lawrence Tibett, Lily Pons, etcétera...

—Valentín, dime, ¿cuánto gana Grace en América?

—Aproximadamente, medio millón de dólares al año...

—Y ¿en Europa? ¿En Londres, por ejemplo?

—Mil libras esterlinas.

—¿Qué duración aproximada tiene un concierto?

Una hora y cuarto.

(Hago un sencillo cálculo mental: una hora y cuarto, mil libras. Comenzaré a cantar..., en cuanto llegue a casa...)

—Y ¿en el cine, Valentín?

—Con "Columbia" una garantía pequeña...; pero el 20 por 100 de beneficios...

—¡Buen contrato, Parera!... ¿Quién administra a Grace?

—Yo.

Ella ha quedado libre. La interrogo de nuevo:

—¿Sus pasiones, Grace?

—Mi marido, el arte, la cocina, los niños, las flores y las esmeraldas...

—¿Las esmeraldas?

—Sí, las esmeraldas. Hago colección.

—¿Y las flores?

—Blancas, siempre blancas: lirios, claveles... Nuestra finca de California está blanca, de flores blancas...

—Y... ¿los niños?

Silencio.

—¿Y los niños, Grace?

—Los niños...

—¿Piensa usted alguna vez en otro Parera chiquitín?

—Pienso... Espero...

—Pensamos, esperamos—confirma, un poco emocionado, Valentín—; pero ¿vendrá?...

Al despedirme de ellos—de Grace y Valentín—, tras un paseo, en el "hall" del hotel, ella, Grace, "tuojours le printemps", me dice muy risueña en su español fantástico:

—Addiós, señor...

Un esbelto criado (calzón corto, media blanca, zapato bajo, librea azul: rojo, blanco, negro, azul) ha cerrado, solemne, ante sus figuras la verja del ascensor.

Ya estoy solo. Mejor dicho, no estoy solo, porque el botones pequeñín, rubio, delgado y guapo, le explica, junto a mí, a un compañero, chato, moreno y feo:

—¡Es... Grace Moore!

E. QUIROGA Y DE ABARCA.

(Prohibida rigurosamente la reproducción, aunque sea parcial, de este reportaje.)

HENRY ARMSTRONG

El campeón de las tres coronas

EL barrio de Harlem ilumina la noche de Nueva York con la sonrisa de sus trescientas mil figuras de ébano, en tanto que los "jazz-bands" arrastran entre la asimetría melódica de sus tiempos monocordes—simplism—musical de una sola dimensión—jirones de luz arrancados a las plantaciones algodonerías de Louisiana.

El nombre hasta entonces desconocido de Henry Jackson, el nombre de los duros tiempos de forcejeo y lucha, se viste con ropaje nuevo; la catapulta de la publicidad lanza al espacio catorce dardos de oro que van dibujando en su trayectoria, sobre mares y continentes, la sonoridad engarzada de un nombre: Henry Armstrong.

La curva parabólica descrita por Henry Armstrong sobre el campo de proyección del pugilismo mundial, ofrece la expresión gráfica de una carrera sin paralelo en la vida de los grandes campeones.

Y así vemos cómo desde las salas angostas de Brooklyn, sin escalas intermedias, salta el negrito con soltura y agilidad hasta el ring del Madison Square Garden.

El primer paso está dado y las victorias se ligan en series consecutivas. Henry Armstrong cuelga de su nombre, como un gonfalon de conquista y combate, el apodo de "Homicida".

La velocidad adquirida le sitúa de improviso frente a Pete Sarron, campeón mundial de los plumas, y el título absoluto de la división subraya la clase extraordinaria del "Homicida", el cual ciñe la primera corona.



Un breve compás de espera—apenas unos meses—, y Henry Armstrong desborda los límites de su categoría.

Barney Ross, al igual que Sarron y Ambers, hubo de abandonar su título ante aquel huracán que no perdonaba... El "Homicida" reúne en sus manos tres coronas.

Dos años han transcurrido solamente desde la noche en que por primera vez resbaló sobre su piel charolada la caricia blanca del reflector central del Madison...

Viaje de placer a Europa. Si Kid Chocolate llegó a poseer un guardarropa que igualaba al de Jimmy Walker, el jovial alcalde de Nueva York, no menor debió de ser el que Henry Armstrong lució durante su estancia en la capital de Inglaterra. Pero el público londinense no se asombra ante estos alardes de vestuario y prefiere contemplar el desnudo del campeón más sensacio-

nal de los actuales tiempos. Por eso, a pesar de los precios fabulosos—seis libras la silla de rin—que se fijan para presenciar su exhibición, la sala de Harringay Arena apareció totalmente ocupada. El contrario que se le opuso, un tal Roderick, importado del País de Gales, no era ni con mucho un enemigo proporcionado a la clase del campeón, y, sin embargo, el terrible negro sólo consigue una precaria decisión favorable a los puntos. La afición inglesa se sintió defraudada, pero la triste realidad era que Henry Armstrong había iniciado su descenso.

A mediados de enero de 1941, en el Madison se disputa el título mundial del peso "welter". Blanco contra negro. Zivic contra Henry Armstrong, el "Homicida". La lucha es dura, enconada; uno de los contendientes rebota sobre las cuerdas incapaz para detener la violencia del ataque enemigo. La superioridad del dominador aumenta en progresión creciente. El árbitro, en el duodécimo asalto, suspende la pelea. ¿Ha recuperado Armstrong su forma arrolladora? No; el vencedor es Zivic. Henry Armstrong, el "Homicida", acaba de perder su tercera corona. Dos años—los mismos que empleó en su ascensión—han bastado para que sus manos, cada vez más débiles y temblorosas, hayan dejado deslizar entre sus dedos los tres cetros que reunió en un alarde sin paralelo posible.

En un rincón de un bar, en Harlem, un pobre negro hace girar entre sus dedos una medalla de oro. Es el premio de los periodistas norteamericanos a la figura que en el plazo de tres años consecutivos haya influido más y mejor en el desarrollo del boxeo. Tres son sus poseedores: Jack Dempsey, Billy Conn y Henry Armstrong...

C. A. PALOMINO.

HERCULES FILMS, S. A.

PRIMERA PRODUCTORA NACIONAL

Producción primera: "ESCUADRILLA"

Premio Nacional de Cinematografía.

Producción segunda: "BODA EN EL INFIERNO"

Un Primer Premio Nacional de Cinematografía.

Producción tercera: "INTRIGA"

(En rodaje, con Julio Peña, Blanca de Silos, Manolo Morán y Mari Cruz).

Producción cuarta: "CABOTAJE"

(En rodaje, en 1.º de Enero)

Producción quinta: "ISABEL DE ESPAÑA"

Gran Superproducción Nacional.

Son cinco realizaciones de ANTONIO ROMAN

PAGINA DE NIÑOS



Don Patata es un buen señor que se dedica a la vida del campo.

Pero en el pueblo tienen un terrible enemigo, que es D. Garbanzo, que es un tío muy feo, con cara amarilla, que se pasa todo el día tramando fechorías para amargarle la vida a D. Patata, a su esposa D. Cebolla y a Zanahorita, su hija.

El otro día amaneció D. Garbanzo con las entrañas más duras que de costumbre. Se le había antojado echar a D. Patata de la casa que ocupa en la plaza de la Sopera, para quedarse D. Garbanzo de amo y señor.

Para conseguir su propósito D. Garbanzo contrató a dos malhechores que hay en el pueblo y que se llaman el tío Azafrán y el tío Vinagre.

Don Patata y su familia estaban asustados continuamente, en espera de la fechoria de los bandidos.

Hasta que un día Zanahorita decidió salvar a todos.

Muy decidida llamó al tío Azafrán y al tío Vinagre y les dijo:

—Miren ustedes. Nosotros somos muy pobres. Lo que deben hacer es dirigirse a otros amigos de D. Garbanzo, porque son muy ricos.

Los bandidos dijeron que sí.

Y se fueron a perseguir a D. Carne, a don Chorizo y a D. Tocino.

Pero D. Carne, D. Chorizo y D. Tocino se cansaron en seguida de los abusos del tío Azafrán y del tío Vinagre.

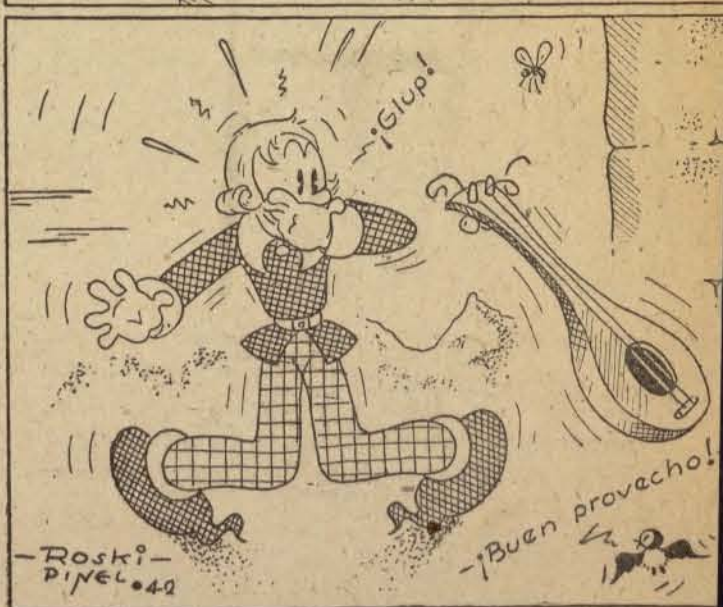
Se enteraron de que D. Garbanzo protegía a los malhechores y negaron el saludo a D. Garbanzo.

Y el perverso D. Garbanzo ya no tuvo más compañía que la de sus amigotes, con lo que todos los vecinos le tomaron rabia y no cesaban de decir.

—A D. Garbanzo no hay quien le trague. Y mucho menos con el Azafrán y el Vinagre.

Esta es la consecuencia de tener el corazón duro y reunirse con mala compañía.

Amor Profundo



la moda



Traje sastre en lanilla "mastic". Chaqueta larga con grandes bolsillos plisados. Blusa de jersey pardo.
 Traje de encaje negro. Chaqueta de satén marfil.
 Conjunto para los primeros días de irio. Hecho con paño bordado con motivos de "taffetas". El pequeño gabán, ensanchado con "godets", se guarnece con gato rojizo.
MODELOS DE ALIX MARCELLE TIZEAU. MAGGY ROUFF Y L. MENDEL
 En la parte superior de la página, un "clip" de oro, zafiros y brillantes, original de Dusausoy.

CRONICA FEMENINA

LA MUJER PENDIENTE DE SU BELLEZA

por MARIA TERESA

Cada día vemos más nuevos y variados peinados, que prestan una gracia peculiar a aquellas muchachitas que los adoptan. Hoy es el de la melena corta el que parece lograr la supremacía sobre todos los demás. ¿Esto favorece?

El 4 de abril de 1671 madame De Sevigné decía a su hija, madame Grignaut: "No te aconsejo que te cortes tus largos cabellos; esta moda durará poco..."

Aquella moda duró veinte años.

¿Quién sabe si hoy no ocurrirá lo mismo? Cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la moda actual de los cabellos cortos, hay que reconocer que tiene, por lo menos, la ventaja de ser práctica, de corresponder a nuestra vida moderna, agitada, febril, y tanto a las mujeres que trabajan como a las sportmen.

Acaso nuestras nietas y bisnietas juzguen una cosa muy ridícula los zapatos de moda de nuestros días. Pero ello, ¿qué importa a las mujeres de hoy? No vivirán entonces, y ojos que no ven, corazón que no siente.

La elegancia, como la belleza, es algo muy relativo. Difiere según los climas y según las épocas. No comprendemos que una negra, por ser elegante, se atravesase la nariz con una argolla, o que una china se deforme el pie para achicárselo. Pero ni la china ni la negra comprenden que las blancas se den rojo en los labios, se empolven las mejillas y se corten los cabellos.

En esto sólo la ilusión importa. No solamente la ilusión colectiva de una generación que prejuzga bello lo que otra generación juzgará feo, sino, sobre todo, la ilusión individual.

Balzac, que ha escrito tanto que puede interesar a las mujeres, ha dicho: "La mujer contrahecha, que su marido encuentra esbelta, la bizca que gusta a su novio, la muy madura que parece joven, ¿no son las más dichosas criaturas del mundo femenino? ¿No constituye la gloria de la mujer hacer adorar lo que es un defecto en ella?"

Olvidar que la bizca no mira bien, es sólo una fascinación del momento; pero amarla porque es bizca, es la deificación de su defecto. Acaso habrá que grabar en el evangelio de las mujeres esta sentencia: "Bienaventuradas las defectuosas, porque a ellas pertenece el reino del amor".

¿QUIERES SER BELLA?

ANABELLA. — Un buen tónico y blanqueador de la piel se hace con 226 gramos de agua de rosas y 3 gramos y medio de tintura de benjuí.

MARIA DEL CARMEN. — Unas cuantas gotas de ácido fólico puestas en el agua donde uno se lava curarán tu erupción. El olor, al principio, es desagradable, pero se evapora pronto.

TODAS CUANTAS LECTORAS DESEEN HACER ALGUNA CONSULTA SOBRE BELLEZA PUEDEN DIRIGIRSE AL SEMANARIO "TAJO", ALCALA, 128, MADRID, HACIENDO LA INDICACION DE "CONSULTORIO DE BELLEZA".

PENSAMIENTOS

La que juzga tener en sí misma medios para pasarse sin los demás, se equivoca mucho; pero aun anda más equivocada la que cree que los demás no pueden pasarse sin ella.

Lo que más nos atormenta y mayor mal nos causa a todos, es que casi nunca tenemos fuerza suficiente para escuchar fría y completamente a nuestra razón.

Las mujeres coquetas son como las estrellas: brillan mucho, pero jamás están en reposo.

La coquetería femenina hace mil trescientos años

La coquetería femenina no es solamente propia de la mujer del siglo XX; el culto a las bagatelas y adornos de belleza es de todos los tiempos, como tampoco son invención del siglo pasado los artificios utilizados por el "sexo débil" para disimular faltas o aumentar bellezas. Léase, si no, lo que escribía en el año 220 San Clemente de Alejandría, uno de los padres de la Iglesia, que en su célebre apología del siglo III estigmatizó duramente la corrupción en los adornos y coquetería femenina.

"No hablemos — decía — de los medios que emplean las mujeres para engañar. Las que son bajas, cosen en sus zapatos gruesas plantillas de corcho; las que son altas, por el contrario, usan suelas extremadamente ligeras y finas. Si sus caderas son llanas y sin gracia, espesan sus vestidos con trozos de telas aplicados sobre las partes del cuerpo que les parece defectuosas...; si sus cejas son rubias, las ennegrecen con hollín; si son negras, las blanquean con blanco de Cerusa, y si tienen los dientes bonitos, rien sin cesar para que admiren la belleza de su dentadura."

Como se ve, las mujeres en 1942 hacen lo mismo que hace mil trescientos treinta y un años.

DIME TU SECRETO

KARABALI. — Tu carta tuvo la suerte de llegar en el momento en que se desencadenaba sobre el cielo madrileño una tormenta tan "formidable" que nos impedía la salida de la Redacción, y... naturalmente, en estos momentos no me importó pasar el tiempo leyendo tres cuartillas escritas por sus dos lados, o sea un total de seis papeles llenos de "patas de mosca". Desde luego, he deducido de este "testamento" que la neurastenia empieza a apoderarse de ti a pasos agigantados. Huye de ella, y procura no juzgar a todas las muchachas cortadas por el mismo patrón, ya que de hacerlo así te veo peor que mal. En el próximo número de este semanario publicaré tu demanda de intercambio de correspondencia con muchacha que no reside en Córdoba. ¡Ah! Quedas completamente perdonado por tu exceso de escritura.

SALMANTINO ENAMORADO. — Nunca, hasta leer tu carta, pude sospechar que un flechazo de tres días pudiese ocasionar (según tú) la desgracia de toda una vida. Sin embargo, cuando tú lo dices con tanta certeza, será verdad, aunque tengo la completa seguridad de que no tardarás, ni siquiera un mes, en reírte de tus propias afirmaciones. Escribe a esa muchacha en plan de amigos, pero nunca nombrándola el episodio del día 15, ya que lo único que lograrías es que te tomara por un crío. Y, sobre todo, ten en cuenta que la ausencia es mala consejera, y máxime cuando solamente tiene un pasado de setenta y dos horas.

CONSULTORIO PRACTICO

PILUCHI. — Para que el queso no se enmohezca se envuelve en un paño mojado en vinagre, y muy escudrido, se guarda en sitio fresco.

DIANA DURBIN. — Comprendo tu nerviosidad ante la idea de convertirte dentro de unos meses en joven mamá. Desde luego, la crianza natural es incomparable a nada. Ahora bien, si tu debilidad te obliga a que ésta sea mixta, todas cuantas precauciones de limpieza tengas serán pocas. Los biberones deben ponerse cada vez que se utilicen en una olla con agua fría, dejándolos en la lumbre hasta que el agua haya hervido durante dos o tres minutos. Esta precaución tan sencilla evita muchas enfermedades a los niños.

INCORREGIBLE. — Los sombreros de paja negra se limpian pasándoles un trozo de terciopelo untado con una chispita de manteca de vaca y frotándolos después con un trozo de terciopelo seco y limpio.

RATITA INDIA. — No sé ningún caso, salvo el de ciertas regiones del Norte de Australia, en donde comen ratas, y como ya te digo, se trata de indígenas.

LAS MUJERES MEJOR VESTIDAS

Generalmente, al hablar de una mujer bien vestida, nos referimos a la riqueza de su utillaje, y en este respecto son las salvajes en muchos países las que se llevan la palma.

No hay millonaria que se gaste 10.000 duros en un solo traje; pero uno de los más célebres exploradores refiere haber visto más de una beldad de Groenlandia vestida de pieles rarísimas que valían esa cantidad, y que de ninguna manera querían vender.

Por término medio, los trajes que llevan algunas indias de las márgenes de los ríos Columbia y Fraser valen de 700 a 1.000 duros. El explorador Gradla vió a una muchacha "dyak", cuyo corselete constaba de cuarenta anillos de oro macizo.

Las indias "chillulck" poseen el arte de fabricar tejidos finísimos con pelos de animales, y el trabajo es tan lento y tan difícil, que si se fuese a pagar resultaría enorme en valor de un solo vestido.

Un manto hecho por una india del interior del Brasil se vendió, hace veinticinco años, por 5.000 duros.

Sabido es que las naturales de Nicaragua y Filipinas tejen telas finas, que valen verdaderas fortunas, y que, sin embargo, usan ellas para adornarse.



REPORTAJES DE TEATRO

JUNTO a la puerta giratoria de acceso al escenario, Leandro Navarro, afortunado autor de *Los novios de mis hijas*, charla con varios actores y actrices de la compañía de los "cuatro ases". Entre llamadas de un timbre, que repiquea incansablemente, y carreras precipitadas de los que creen llegar tarde a escena, ellos comentan el éxito, las reacciones del público y la justicia de las críticas. La figura simpática y elegante de Leandro se destaca del conjunto de caras pintadas, como rodeado de una aureola de triunfo. Y cuando el grupo se disuelve, unos para salir a escena, otros para cambiarse de ropa en los camerinos, le abordamos:

UN INGENIERO AGRONOMO FRUSTRADO

—¿A qué edad empezó usted a escribir para el teatro?

—A los veinte años. Mi padre era profesor de la Escuela de Ingenieros Agrónomos y quería que yo siguiese su misma carrera; pero, francamente, a mí no me interesaba en nada la Agronomía y mucho menos el arte de aplicar los conocimientos científicos a la invención, es decir la ingeniería.

—Se cuenta por ahí, Leandro, que ha sido usted de los autores que han pasado mayor calvario de novel, si calvario puede llamarse a tener varias obras en cartera, edad propicia, condiciones de estrenar y tardar en conseguirlo. ¿Es esto cierto?

—No, no—responde Leandro rotundo y modesto—. Mi primer estreno fué relativamente fácil... y barato.

UN ESTRENO: DOSCIENTAS CINCUENTA PESETAS

Y ante nuestro gesto de asombro, prosigue sonriente:

—Me costó solamente doscientas cincuenta pesetas. Y además luego las gané con creces. Así que ya ve usted que no es cierto lo que dicen.

—Nos ha dejado usted llenos de curiosidad. ¿Nos podría explicar el proceso de su primer estreno?

—Desde luego. La cosa no tiene mayor importancia. Contaba yo entonces veintitrés años y había escrito varias comedias. Mi pasión por el teatro era grande y los deseos de estrenar aún mayores. Un día me vino a visitar un empresario para decirme que por tres mil pesetas me estrenaba una comedia. Entonces yo le propuse hacerme empresario de la compañía a partir de la noche del estreno, y sin duda, creyendo que me iba a sacar más dinero, aceptó.

YO NO QUIERO SABER NADA

Leandro abre una pausa para aportar más detalles a su memoria y continúa:

—Al día siguiente firmamos el contrato y comenzamos el montaje de la obra, que se titulaba *Yo soy mi mejor amigo*. Y así llegó la noche del estreno, que fué triunfal para todos. Al terminar me vino a ver el empresario con la hoja de taquilla. "¿Cuánto se ha perdido?" le pregunté. "Doscientas cincuenta pesetas." "Muy bien. Aquí las tiene usted." Y saqué la cartera y se las di. "Bueno, y para mañana, ¿qué hacemos?" preguntó el hombre. "¡Ah!, usted verá—le respondí—. Yo no quiero saber nada." "¿Cómo que no quiere saber nada?" "¡Usted se ha hecho empresario y tiene firmado un contrato!" "Sí, señor; pero el contrato dice que soy empresario desde la noche del estreno y no fija hasta cuándo." En resumen: que como era todo absolutamente legítimo, recogí la obra y me fui. Había conseguido mi objeto que era estrenar, darme a conocer del público, y sólo por doscientas cincuenta pesetas!

A PROVINCIAS

Mientras Leandro sonreía recordando aquella jornada, nosotros pensamos en la cara que pondría el empresario al verse defraudado en sus intenciones.

—¿Y qué hizo usted con la obra?

—Como gustó mucho, casi todas las compañías que había en Madrid me la llevaron a provincias, y me dió bastante dinero. Luego estrené *La niña de la bola*, *El oro del diablo*, que, por cierto, tuve el honor de que me la interpretasen los famosos actores Thuillier y Morano, y otros varios.



Leandro Navarro, el afortunado autor de *Los novios de mis hijas*, visto por Córdoba.

—Estas obras, según tenemos entendido, las escribió usted solo. ¿Cuándo, pues, comenzó a colaborar con Torrado?

—A raíz de aquello. Yo le conocí en el camerino de Mercedes Prendes, de la que él es primo, y Mercedes fué la que nos puso en contacto. Me dijo que acababa de llegar de Coruña, que escribía muy bien y que, sobre todo, tenía mucha inspiración para hacer cantables de zarzuela; coincidió con esto el que el maestro Calleja, con el que me unía gran amistad, me pidiese un libro para musicarle, y como yo desconfiaba de mi pericia en hacer cantables me puse al habla con Torrado e inmediatamente comenzamos a colaborar.

EXITOS Y GRANDES INGRESOS

—¿Me puede decir el título de la obra?

—*El debut de la Patro*. Después hicimos juntos *Los pelizcos* y *Los hijos de la noche*, culminando nuestra labor con *La papirusa* y *Dueña y señora*.

—¿Cuál de estas obras les ha dado más fama y dinero?

—Todas fueron siempre bien aceptadas por el público, alcanzando y rebasando las cien representaciones y algunas las doscientas; pero la que más nos encumbró fué *La papirusa*.

Aún recordamos nosotros el éxito, no sólo de los autores, sino también de los intérpretes. Irene López Heredia y Mariano Asquerino encontraron en *La papirusa* la obra de la temporada y en ella hicieron una de sus mejores creaciones. Las cifras ganadas que Leandro nos cita son formidables.

—¿Por qué causa—si la pregunta no es indiscreta y puede contestarse—dejaron ustedes de colaborar?

OTRA VEZ CON TORRADO

—La pregunta es perfectamente lícita, amigo mío, porque me figuro que habrá usted oído ciertos y falsos rumores que han corrido por los medios teatrales... Nada más falso, créame. Torrado y yo de jamos de colaborar porque así nos convino a los dos, y nuestra amistad no se enfrió en lo más mínimo. Prueba de ello es que estamos colaborando en una nueva obra.

—¿Tiene título?

—Yo nunca pongo título a las obras, salvo rara excepción, hasta que las termino. Además de éste de Torrado, estoy haciendo otra con Jesús María de Arozamena, y dos más solo: una para los "cuatro ases", que voy preparando con tiempo, y la otra para Isabelita Garcés, y ninguna tiene título.

Faltan pocos instantes para terminar el primer acto. La puerta de acceso al escenario gira y por ella asoma Carmen Carbonell.

—¡Leandro—dice jubilosa—, prepárese para saludar un carro de veces! ¡Cómo está el público! ¡No pierde un detallito!

Y sin decir más vuelve entre bastidores.

MAL MOMENTO PARA EL TEATRO

—Para terminar, Leandro, una última pregunta: ¿Está usted satisfecho del éxito obtenido?

Leandro, con casi medio cuerpo fuera, nos responde:

—¡Cómo no estarlo! Las críticas han sido preciosas y me tienen entusiasmado.

—Pues nada, que continúe el éxito y a no dormirse sobre los laureles.

—Eso de ninguna manera. El teatro español atraviesa un mal momento y bien merece el sacrificio de los que a él nos dedicamos.

Y aquí termina la conversación. El público pide la presencia del autor, y Leandro, de la mano de Carmen Carbonell y Concha Catalá, recoge las ovaciones que le tributan con empaque de gran señor y orgullo de artista.

NOTICIERO TEATRAL

Se confirma la noticia de la vuelta de Somoza al teatro. Y dicen que ya cuenta con obras de los más celebrados autores. Hagamos memoria: ¿No han sido esos celebrados autores los que le hicieron fracasar en la última temporada?

Luis Sagi-Vela triunfa en provincias con su gran compañía lírica. Cuando termine su actuación comenzarán los ensayos de la zarzuela que sobre la vida de Chopín han hecho Jesús María de Arozamena y el maestro Moreno Torroba.

Julián López Arques, el popular pianista de Radio Madrid, ha dado a conocer a un grupo de relevantes personalidades del teatro y de la prensa varios números de la opereta *Jugando al amor*. El éxito fué clamoroso, y el joven maestro, parangonado con los más ilustres compositores contemporáneos. *Jugando al amor* es una opereta que dará mucho que hablar.

El primer estreno de Celia, cuyos ensayos ya están muy avanzados, será *Si Fausto fuera Fausto*. Y después estrenará *Carambola*, de Mariano Rodríguez de Rivas y los maestros Irueste y García.

Rivelles, en vista del éxito que obtiene con *¿Quién soy yo?*, ha tenido que aplazar el estreno del drama de López de Haro *La voz del silencio*, que, de todas maneras, se realizará en breve. Después estrenará una obra de Pemán.





UNA NOVELA SENTIMENTAL **DON JUAN GASTA FALDA** POR R.L. ALGARA

Emilio Ramos se siente un escéptico a los treinta años, un hombre de vuelta de todos los caminos de la vida, y un aye humorista. De ahí que el hastío haya engendrado un tremendo aburrimiento, que anula y abate todo el maravilloso potencial de energía de un cuerpo joven y sano, de un espíritu fuerte y personalísimo.

Por eso Emilio Ramos siente, en perpetua lucha su ser vigoroso con su indolencia, cómo se desliza anodina, al no ser la monótona y grisácea prosesión de los días.

Emilio Ramos, millonario y soltero, busca válvula de desahogo para su actividad en el deporte. Pero si el cuerpo sabe de cansancio, agotamiento y frías reacciones, el espíritu se alza personalísimo y dominador.

Y así es éste quien dicta buscar inquietudes, captar la aventura. Que al fin salta desde las escondidas y profundas columnas de anuncios de un periódico, presentándose al hombre con singulares características:

"Se precisa secretario no sea estúpido. Presentarse cualquier hora día, noche, incluso amanecer. Primas por meses. Velázquez, 145. Sr. Rey Torrelblanca."

Muchas veces lee el preinserto anuncio Emilio Ramos.

Cuando el periódico queda sobre el lecho, el lector medita todavía sobre las sugerencias del anuncio; meditación que renace nuevamente en la tarde de la jornada y en la noche. El hombre acaba por reconocer que la incógnita del anuncio le hostiga, le persigue, le clama.

Lo que se traduce en que no se oye timbrar el teléfono del silencio del elegante y armonioso palacio de la calle de Velázquez, número 145, justamente a las tres y cuarenta de la mañana.

La espera a la llamada es larga, pero así gusta con más intensidad Emilio los prodromos de la aventura. Al fin la gran puerta abre su mirilla, y una voz cascada por los años, bron-

ca por el sueño y el enojo, surge de ella:

—¡Diga! ¿Qué quiere a estas horas?

El visitante, la sonrisa florecida y audaz, explicó:

—Deseaba hablar con el Sr. Torrelblanca. Es con motivo del anuncio... Otra vez suena la voz del cancerbero:

—Con motivo del anuncio, ¡del maldito anuncio! Como si no nos hubiesen gastado bastantes bromas, y aparecido millares de solicitantes. ¡Señor mío, fué un error!, ¡una lamentable equivocación!

Emilio Ramos goza intensamente con la escena; por eso quiere prolongarla:

—Pues lo siento amigo; pero yo no me he levantado a las dos de la noche para venir a este destierro andando por capricho. Dígame al señor que espero me reciba.

—Está durmiendo.

—Bien; yo le despertaré.

Emilio descansa cachazudamente un dedo sobre el timbre. Y la dura vibración críspala los nervios del portero.

Emilio Ramos, tras breve pausa, se encuentra frente a un señor de unos cincuenta años, que viste con batín casero sobre la seda del pijama.

—Pase usted; hágame el favor.

Emilio sigue al señor Rey Torrelblanca a su despacho. Y sólo cuando se encuentran ambos instalados en este ruca aquí:

—¿Quiere usted explicarse?

—Con sumo gusto. Venía con referencia a su anuncio.

El señor Rey fija la mirada en su visitante. El análisis es rápido pero profundo, y al parecer satisfactorio, por cuanto hace desarrollar en el noble rostro amable sonrisa.

—Me explicaré, joven; porque considero necesaria esta aclaración. El anuncio inserto se publicó por una broma de mi hija.

Un gesto expresivo de Emilio lo capta su interlocutor, que prosigue:

—Sí; reconozco que fué una broma pesada. Pero el caso es que el anuncio lo redacté yo, y se lo mostré a mi hija. Acababa de despedir a mi vigésimo tercero secretario y estaba loco, desesperado. Le dije que publicaría esto, lo que no pensaba, pero ella mandó insertarlo.

Emilio Ramos, gozoso de la charla, interroga:

—¿Los veintitrés secretarios fueron despedidos por idénticas causas?

—Sí, señor; los veintitrés se volvieron idiotas por mi hija. Y si como padre esto pudiera complacerme, resulta todo lo contrario como hombre de negocios.

Hay un gesto de decisión en Emilio:

—¿Tiene aún vacante la plaza?

—Sí, pero...

—No se preocupe. Le garantizo que no me enamoraré.

—¡Le advierto que ella es un Don Juan con falda!

—Procuraré ser un Capitán Centellas.

La ágil y audaz respuesta da la colocación a Emilio Ramos.

—Oye, papá, ¿quién fué el animal que ayer se durmió sobre el timbre?

Nela Rey, en la semipenumbra del despacho, ha confundido la silueta de Emilio con la de su padre. Error que descubre inmediatamente antes de que el nuevo secretario se acerque a ella.

Emilio, sereno, tranquilo, dueño de sí, a pesar de la curiosidad que palpita en su ser, saluda a la muchacha:

—El "animal fué este su humilde servidor.

La sorpresa abre más los maravillosos y brillosos ojos de la chiquilla. Y en la pausa breve, Emilio encuentra tiempo para observarla. La investigación es maravillosa: la vista, ya emocionada, descubre una cabecita grácil, un rostro encantador, un óvalo ideal, una estampa de diosa pagana y moderna.

—¡Oh!, perdón; no sabía.

—No tiene importancia. Si me lo autoriza me presentaré: Emilio Ramos, nuevo secretario de su padre.

Cuando Nela sale del despacho, la cabecita loca de la muchacha proyecta la vigésima cuarta ofensiva. Con absoluta confianza en el éxito.

Pero éste dilata su presencia. El nuevo secretario se muestra cortés, amable, servicial y atento, pero nada más. Los planes generales de batalla se han estrellado todos contra la frialdad y hermetismo del enemigo.

Nela, nerviosa y encorajada por el fracaso, intensifica la ofensiva. Y para lograr un triunfo rápido establece su cuartel general en el mismo campo del contrario.

Un día la fuerza femenina inicia un profundo ataque. Nela ha buscado a Emilio y lo encuentra paseando por el jardín de la residencia.

—Señor Ramos, ¿me da un cigarrillo?

El interpelado ofrece su pitillera.

—¿Le agrada que las mujeres fumen?

—Con las mujeres y el tabaco siento lo que con los niños y éste; un cigarrillo, por casualidad en sus labios, me produce gracia; reiterado el hecho, me causa pena.

—¿Por qué?

—Porque lo más bello, la mujer y la infancia no debe enlodarse con los más vulgares contactos de la materia.

—¿Es pura filosofía?

—Es pura realidad.

—¿No es usted cínico en sus conceptos?

—No; si lo fuera le haría una pregunta.

—Hágala.

—¿Aunque duela?

—En el dolor hay también placer.

—Entonces: ¿por qué se siente coleccionista de amor?

El interrogante tensa a la muchacha, que los ojos clavados en los de Emilio, observa:

—¿Qué quiere decir?

—Que no acierto a comprender cómo usted, espíritu noble, culto, selecto, goza en sembrar el dolor de los hombres.

Desde el día siguiente a la profunda conversación, Emilio Ramos ha recordado todas sus viejas amistades femeninas. Y se ha puesto en comunicación telefónica con todas ellas, discretamente, hasta el punto de que Nela sólo llega a las conclusiones de la charla. Pero eso sí, el hecho sucede con anormal frecuencia.

La muchacha siente que un algo extraño la acongoja y enerva. Su vivir impetuoso ha cesado. Las "peñas" de amigos, verdaderos templos de la galantería, donde la gracia y belleza femenina de Nela Rey triunfaban esplendorosamente, desconocen su presencia. Una nueva faceta de vida, magna y gloriosa, ha florecido. Y la mujer se siente chiquilla ante la estampa viril de Emilio, que la vence, subyuga y domina.

De ahí que el hombre, adivino del instante supremo, un día se acerque a la muchacha.

—Señorita Nela, vengo a despedirme de usted.

El rostro femenino refleja la profunda impresión.

—¿Se va? ¿Por qué?

El hombre fija sus ojos en su interlocutora.

—Le debo una explicación. La misma que acabo de dar a su padre.

La angustia femenina dicta el imperativo:

—¡Hable!

—Cuando vine a solicitar la plaza yo estaba solennemente aburrido y amenazado por la neurastenia. No me guio otro fin que el de vencer ambas cosas. No sé si por suerte, dispongo de un sosiego económico; por lo tanto, ni me atrajo el sueldo ni las primas; aunque hoy, al cumplirse el sexto mes de empleo, ya representa ello una respetable cantidad.

—Entonces, ¿por qué se va?

—Porque ha llegado la hora del relevo.

—¿Qué quiere decir?

—Que su papá precisa el vigésimo quinto secretario.

Más que las palabras, la entonación de éstas hace ascender a Nela al séptimo cielo. Sin embargo, gozosa de la incomparable charla, disimula su felicidad.

—¿Se puede saber el motivo de la dimisión?

Emilio sonríe pleno.

—Se debe adivinar. Don Juan nunca fué torpe.

—Papá me dijo no sé qué cosa del Capitán Centellas.

—Quedó reducido a un pobre don Luis.

La muchacha tiende la mano en fugida despedida:

—Pues adiós, señor secretario. Lo siento en el alma.

Emilio retiene la mano de Nela. Luego dice:

—¿Entonces?

—Entonces, papá tendrá que buscar un sustituto. Otra vez por mí. Claro que en compensación yo le he buscado un yerno.

—¿Qué es?

—Un "gruñón" muy feo y estirado que se llama Emilio Ramos. ¿Le conoces? Anda, vamos a decírselo a papá.

L. R. ALGARA.